

LETRAS

MENSUARIO DE ARTE Y LITERATURA

REDACTAN: ANGEL CRUCHAGA SANTA MARIA.

SALVADOR REYES, MANUEL EDUARDO HUBNER,
HERNAN DEL SOLAR, LUIS ENRIQUE DELANO.

OFICINAS: RECOLETA 731-F.—TERCER PISO. CASILLA 2292

AÑO I SANTIAGO DE CHILE, NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1928. Núm. 7 y 8.

40 CTS.

CARLOS MONDACA

Antes que asomara la Muerte, él, sin miedo, la llamó y sus ojos melancólicos se fueron acostumbrando a la eternidad, y en el momento en que su corazón culminaba en lumbre, vertía versos, así como un árbol se conmueve de pájaros en el amanecer.

Poeta puro, incontaminado, recio de espíritu, solamente alzó la voz en la hora del fervor. No prodigó nunca su fiesta de alma: fué parco, triste y como asido a esa idea del viaje que hoy comienza con el pie de ceniza y la mano deshojada.

Caminó antes de que nuestro corazón tuviese tiempo de decirle: ¡Aún no es la noche, amigo, de descubrir estrellas!

Súbitamente, con la premura de los aerolitos en el cielo, saltó del anillo que le formara nuestra admiración. Había sufrido y vivió ahondándose, haciendo de su poesía una escala de piedra para la suma ascensión.

“Por los caminos” y “Recogimiento”, sus dos obras, tienen esa llama de beatitud lírica que lo acompañó siempre sin turbar ese modo suyo de ver el mundo a través de la tristeza. Poeta de los párpados juntos, del corazón suave de abejas, llevó un espejo trizado ante los ojos y fué que-

ELEGIA

I

¡Gracias, madre!

Por todos los dones de tu corazón;
por tu santa emoción;
y por la exaltación
y la pasión!

Por tu espíritu de fuego y de luz;
por tu amor de Jesús;
por tu ansia de la cruz;
y por la excelsitud
de tu virtud!

¡Gracias, madre!

Por la intensidad del vivir;
por la belleza de sufrir;
por el encanto de escuchar;
por el milagro de mirar
y la amargura de pensar!

Y por la angustia de querer
y no alcanzar;
y por la gloria de caer y levantar;
y de crecer
y de esperar!



II

Cristo te dijo: Sigue mi camino.
—Y fué la santa ley de tu destino.

Abrázate a la cruz de mis amores!
—Y te abrevaste en todos los dolores.

Tu vida fué más pura que una estrella:
Dios se miraba reflejado en ella.

Tu pensamiento era como una fuente
que manara de Cristo, eternamente.

Tu carne enrojeció bajo el cilicio;
y te vistió de blanco el sacrificio.

Te coronó de rosas el Señor,
y te ciñó de rosas el Amor.

III

Y ahora, madre, en la infinita
noche de nieve que llegó,
tu corazón ya no me grita
sobre el abismo del terror.

Ya no se posan en mi frente
tus manos, que eran el perdón,
—El sol de Dios secó la fuente,
la fuente de mi redención.

mando su cirio de vehemencia como los grandes poetas en la soledad.

No buscó el aplauso de nadie y fué escuchando además de una labor pura y ardorosa, ese vaso azul de su vida de hombre que vivía bajo el arco iris de la bondad. Sencillo, cordial, sin torre de marfil ni énfasis caminó acercándose cada día más a las voces que para él eran el anticipo de la muerte. No volvió el rostro cuando escuchó la palabra que ordena y que dice, despidiéndonos del mundo: ¡Vamos! Y de ese modo inició el viaje con la frente de piedra y de luz.

No ha sido en el Otoño, compañero, ni tampoco en la hora del alba. Te fuiste antes de los signos que tu mismo corazón señaló. Antes

“Una mañana clara de abril—habrá llovido—no me levantaré. Se acercarán sin ruido las gentes de mi casa para observar si duermo y por sus ojos tristes sabré que estoy enfermo. El temblor de sus lágrimas será la estrella que me diga que es preciso partir y no volver”.

Poeta de los más grandes, que haya producido este pueblo y hombre puro, ya ha cerrado su mano de sembrador de estrellas para el camino que sólo se hace con los ojos cerrados.

A. C.

Ya no me alumbran el camino
ni tu mirada ni tu voz.
Voy tropezando, ebrio del vino
con que la vida me abrevó.

Ebrio del vino de la muerte
que, envenenando hasta el Amor,
me va arrastrando como inerte
por los caminos del dolor.

IV

En la lejanía más vaga
flota una dulce claridad.
Es una estrella que se apaga;
es un recuerdo que se va.

Es mi dolor, ¡pobre de mí!
que no he podido eternizar!
—Limitación para sufrir,
y pequeñez para gozar!—

¿Es que no tienen mis arterias
el fuego de mi corazón?...
O son tan grandes mis miserias
que no merezco tu dolor?..

Yo no sé, madre, no sé nada!—
Yo sólo sé que ya no estás;
que es infinita la jornada
y que es inútil esperar.

(Sigue en la pág. 2).

(DE LA 1.ª PAGINA)

Yo no sé nada. ¡No sé nada!
Muero en las sombras del vivir.
Tu que "viviste", sombra amada,
ven a decirme qué es morir.

Ya no sé dónde está el camino
voy aterrado de vivir,
buscando a tientas un destino
que no consigo definir.

Yo vivo, madre, eternamente,
sobre el dolor del desamparo,
aquel minuto de la muerte,
cuando tus ojos se velaron.

¿Qué viste, madre, en el umbral?
¿Qué resplandor te deslumbró?
¿Qué inmenso arrullo maternal
entre la sombra te adormió?

¿En la frontera de su imperio,
te habló la Muerte su verdad?
¿Dijo la Vida su misterio?
¿Se iluminó la Eternidad?

¿O era la Nada? ¿Y tú la celas?
Háblame, madre, sin piedad!
Porque si tú no la revelas,
¿quién me diría la Verdad?...

V

Te adoré viva; muerta te venero;
y si aún he de vivir, de ti lo espero.

Algo de Dios florece en tu memoria:
que tus huesos se alegren en su gloria.

Y tu espíritu, en goces eternos
cante con las potencias celestiales.

Vencedora de los siete dragones,
las Virtudes te ciñen con sus dones.

Y sobre tu corona de azucenas
ponen un resplandor de luna llena.

Pero en la soledad del cementerio
el gusano voraz tiene su imperio...

Y sobre tu cadáver se levanta.
¡Y lo engendró tu carne sacrosanta!

Y luego no serás más que ceniza,
que ha de aventar un soplo de la brisa.

Y ya no te verán
estos ojos mortales nunca más!...

Y cuando pienso, madre, cuando pienso
que no he de verte más, siento un inmenso

deseo de escaparme de mí mismo,
ansias de ir a perderme en un abismo,

Y solo con mi pena y mi recuerdo,
aullarte como un perro!...

CANSANCIO

Quién pudiera dormirse como se duerme un niño,
sonreír entre sueños al sueño del dolor,
y soñar con amigos y soñar el cariño,
y hundirse poco a poco en un sueño mayor.

Y cruzar por la vida sonambulescamente,
los ojos muy abiertos sobre un mundo interior,
con los labios sellados, mudos eternamente,
atento sólo al ritmo del propio corazón...

Y pasar por la vida sin dejar una huella...
Ser el pobre arroyuelo que se evapora al sol...
Y perderse una noche como muere una estrella
que ardió millares de años y que nadie la vió.

Cuando el Señor me llame

Cuando se fué del mundo mi madre, amigos fieles
me consolaron en los minutos más crueles.
Mi padre y yo velamos junto a su cabecera.
Y nuestro corazón era como la cera
del Cristo agonizante que recibió su adiós.

Y para que el recuerdo fuera inmortal, nevó...
Puede ser que yo viva, como ella, setenta años.
Mi hijo habrá saboreado ya muchos desengaños.
Tal vez ya será abuelo. Mi mujer será vieja,
Su belleza pretérita, junto a su gracia añeja
nos hará sonreír. Cuando nos traiga flores
la nuera, leeremos esos versos de amores
que le escribí, sus cartas, que eran mi poesía,
e invadidos de una dulce melancolía

nos miraremos mudos un largo rato, y luego
nos daremos las trémulas manos, como dos ciegos.
Una mañana clara de abril—habrá llovido—
no me levantaré. Se acercarán sin ruido
las gentes de mi casa para observar si duermo,
y por sus ojos tristes sabré que estoy enfermo.

El temblor de sus lágrimas será la estrella que
me diga que es preciso partir y no volver;
y como para entonces estaré tan cansado,
no haré siquiera un gesto de espera. Resignado,
no pediré otra cosa que entreabran la ventana
para mirar el cielo; y hasta mi frente cana
descenderá piadosa y azul la caridad
de la mañana, a darme la postrer claridad.

Estaré con los ojos cerrados, como inerte,
saboreando la última tregua de la muerte.
De vez en vez, sus manos santas y dolorosas,
mi Mujer pondrá en mí con suavidad de rosas.
Mi Hijo me mirará callada y largamente,
—los labios de su madre se han posado en mi

[frente—
y como teme que me turben sus sollozos,
se abrazará a mi Nuera!—Con sus ojos curiosos
—que lloran y no saben—pregunta el nieto.
Cae

la tarde lentamente. Rumor de Otoño trae

la brisa, quejas de árboles, y la melancolía
de lejanas campanas vesperales. El día
se irá junto conmigo.

Ya estaré confesado:
y me habré despedido de todos mis pecados
con lágrimas, porque le dieron tal sabor
a la vida y al bien, tal virtud al amor,
que sin ellos no hubiera sabido qué es vivir.
Me doleré de todos los dolores que di,
de los sueños que nunca conseguí realizar,
y de los egoísmos de mi carne mortal. ...
Entre el clamor de las lágrimas silenciosas
poco a poco, iré viendo alejarse las cosas.
Entonces en el último resplandor de la vida,
daré a los que me amaron y amé, la despedida.
Y diré a mi Mujer:

¡Gracias, mi santa compañera!
Por el amor que puse en tí,
por las heridas que te hiciera
y la alegría que te dí!

¡Y gracias porque fuiste bella!
Cierro los ojos y te miro:
me deslumbras como una estrella
y me eterneces como un lirio!

Tendré mi carne perfumada
de amor Amor, hasta en la Nada
estoy gozando en tu mirada
como una gloria anticipada.

Sólo entre todas las mujeres,
fuiste la única en saber
la tristeza de mis placeres
y el goce de mi padecer.

La que llevé por el camino,
en el cáliz de mi pasión,
como la hostia del destino
encerrada en mi corazón.

¡Gracias, mi santa compañera,
porque tuviste, espiritual,
las locuras de la quimera,
y una conciencia en la bondad!

Y sobre todo, gracias, madre,
por tu infinita majestad
de un hombre que al decirme padre,
me haga vivir la eternidad!

Y luego diré al Hijo: "Sé magnánimo y fuerte!
Vencedor de la vida y esposo de la muerte.
Y haz todas esas cosas, buenas, grandes, hermosas
con que yo soñé tanto, sin lograrlas hacer".
Después, y ya en la última conciencia de la vida,
me encerraré en el fondo de mi alma adormecida.
Cerraré mis oídos para todo rumor
del mundo y en mis ojos, que sellará el amor,
alboreará la aurora del Señor.

Y me iré
perdiendo en un ensueño crepuscular del que
nadie de entre los vivos me podrá despertar.
Me llamará la tierra con ansias maternas;
y como yo he querido, sobre todos mis males,
ser fiel hasta la muerte, ser obediente y bueno,
me dormiré por fin, como un niño, en su seno.

CARLOS MONDACA.

N O T A S

TOTILA ALBERT

Un artículo de la señora María Valdés de Prado, en "El Mercurio" del 23 de noviembre, nos hace saber que Tótila Albert se encuentra en Berlín en la mayor miseria.

Bien sabemos aquí en Chile lo que es Tótila Albert. No necesita mayor crédito que el que le dió la exposición de sus obras hecha en Santiago hace algunos años, durante su última visita. Por qué, entonces, se deja que este artista superior, que este maravilloso talento, se está perdiendo en la esterilidad de una lucha amarga por el pan cotidiano?

Oportunas son las palabras de la señora Valdés de Prado, que nos recuerdan el apoyo fiscal que reciben boxeadores, footballistas y demás gente de deportes, para participar en torneos internacionales, mientras uno de los cerebros más interesantes de nuestro país, como es Tótila Albert, se ve olvidado y desconocido.

No es que pretendamos adoptar la actitud absurda del intelectual enemigo de la acción y del deporte. No. Hombres de nuestro tiempo, hombres jóvenes,

comprendemos y amamos el deporte, participamos del entusiasmo que inspiran nuestros campeones y celebramos el apoyo que el Estado les da. Pero es bueno recordar que en el conjunto de los valores raciales, el cerebro debe ocupar su sitio junto al músculo, y que al artista, al hombre de ciencia, al creador, debe también protegerse como se protege al hombre de buenos puños o de buenas piernas.

Chile necesita hacer sonar su nombre, no sólo como país productor de salitre y de atletas, sino también como productor de cerebros y de espíritus. Tótila, es un valor insospechable. Gastar algunos miles de pesos en él no es una aventura, puesto que se sabe lo que este hombre puede dar de sí. ¡Gastemos entonces esos miles!

Ojalá nuestra palabra pudiera pesar algo en el sentir del país, para que se ayudara a Tótila. Es triste para Chile que un hombre de ese valer se pierda por incompreensión y olvido.

"EL DELINCUENTE"

Se anuncia para muy pronto la aparición de "El Delincuente", libro de cuentos de Manuel Ro-

jas. Será algo macizo y pleno de interés, como es toda la obra de este muchacho varonil que, además de ser un paisajista y un conocedor profundo de nuestras tierras, es un hábil aventurero de los más escondidos caminos del espíritu.

"El Delincuente" es esperado con la mayor curiosidad que puede ser esperado un libro entre nosotros. Se sabe de antemano que será un magnífico libro.

CORRILLO

Se está haciendo típico el corrillo literario de la calle Huérfanos. Allí, entre lindas chicas y jovencitos "pijes", se junta cada día a las 12 un grupo heterogéneo de gente de pluma. Se señala desde lejos por la silueta catedralicia de Carlos Préndez Saldías, asoman las barbas de Jenaro Prieto, la actitud desconcertante de Domingo Melfi Demarco, las antiparras optimistas de Alberto Romero, el gesto vivo de Joaquín Edwards Bello, los bigotes galos de Mariano Latorre y la sonrisa saludable de Raúl Silva Castro.

Estos son los más asiduos.

Otros aparecen con ciertas intermitencias. Son Luis Meléndez, Manuel Vega, Lautaro García y algunos otros.

El corrillo es simpático y, según parece (cosa increíble entre literatos), no hay pelambres.

Es uno de los tantos progresos de la época.

CHOCANO

Es un hecho que los intelectuales chilenos no han querido saber nada con don José Santos Chocano. Salvo dos o tres, que por actuaciones teatrales necesitan estar bien con todo el mundo, los demás no se le han acercado. La lista de los "intelectuales" que concurrieron a la comida en honor del poeta, dada en el Círculo de Periodistas y Artistas, es de lo más graciosa, por cuanto allí figuran respetables comerciantes en frutos del país, jovencitos "bien" y otras gentes sin ubicación precisa que nada tienen que ver con la literatura o que son simples aficionados de género chico.

Esta lista ha sido comentada con mucho regocijo en el corrillo de la calle Huérfanos.

AUGUSTO SANTELICES

El poeta Augusto Santelices, muy joven y de positivo mérito, anuncia para pronto un libro suyo. Este libro merece la mayor atención, pues se trata de un artista verdadero.

"SANDRA GOLOKOWSKY"

Este título corresponde a una novela de Fanny Rosenblut, próxima a aparecer, editada por Nascimento. Es la vida de una muchacha judía, en Argentina. La autora ha logrado crear una obra de gran espontaneidad y vigor donde, no sólo hay riqueza de observación sobre la vida de las colonias sionistas en la Pampa, sino donde también hay un agudo sentido psicológico. Sin duda Fanny Rosenblut ha creado una obra original que llamará la atención de la crítica.

"LA TORRE DE MARFIL"

Luis Meléndez, nuestro admirable dibujante, se ha dejado tentar por el demonio literario, y bien pronto lanzará su primera novela "La Torre de Marfil". Meléndez, hombre de cultura y de talento, producirá sin duda algo interesante.

I S A Í A S C A B E Z Ó N

Seis años de su vida en los principales centros artísticos del mundo. — Panorama de la Pintura Moderna. — Pablo Picasso y el Cubismo, escuela de serenidad. — La alegría del Arte. — Labor de Isaías Cabezón. — La personalidad de Grigorieff.

Seis años de permanencia en Europa han dado a Isaías Cabezón una personalidad inconfundible entre nuestros jóvenes pintores, penetrándolo de esa hondura y ese predominio que adquieran los artistas que han vivido analizando cotidianamente el desarrollo del Arte en los centros más ilustres del mundo.

Una charla con Isaías Cabezón se caracteriza por el optimismo con que expone sus conceptos pictóricos.

De súbito, sin que tenga el tiempo suficiente para una reticencia, le pregunto:

—Dígame algo sobre el estado actual de la Pintura en Europa.

Cabezón sonríe ante lo inusitado y grave de mi requerimiento, y contesta, sin vacilar:

—La pintura lo absorbe todo y son en la hora presente los pintores los hombres del día. En todos los centros cultos de Europa se comentan sus obras con emoción, con ese calor que nace de los espíritus sanos y ecuanímenes.

—En América, — adelante, — se cree entre ciertos grupos de intelectuales que los jóvenes ya no miran religiosamente a los Maestros de ayer...

—Esa es una fábula, y nada más. El respeto por los Maestros no decae; nadie pretende romper la cadena de tradición que existe; pero la cadena, como es lógico, hay que continuarla. Nosotros vivimos solamente un momento del Arte y nuestra época dejará su eslabón de continuidad. Por eso no se toma en cuenta a los que se rezagan y siguen reproduciendo ídolos del pasado con un criterio absolutista, como si hubiesen encontrado la fórmula de ese mundo heterogéneo que es el mundo del Arte. Esos rezagados sólo hacen la historia objetiva del Arte en sus reproducciones y creen que aplicando las fórmulas externas prosiguen la tradición.

En cambio, los modernos han tomado el espíritu de esta tradición, por consiguiente son los legítimos continuadores y más se acerca a los primitivos, por ejemplo, un Grigorieff, no porque imite su fórmula externa, sino por su feroz sinceridad y fuerza expresiva y el ningún afán de agradar.

—¿Cuáles son, según su opinión, los atributos que han influido principalmente en la cultura ambiente europea?

—El conocimiento de los maestros modernos, apoyado por la fuente grandiosa de la tradición, ha ido creando una verdadera atmósfera de arte que se extiende a todas las clases de la sociedad. Para corroborar esta afirmación, le contaré algo que me impresionó vivamente. Pintaba yo una tela en las montañas de Baviera, parecidas a las nuestras, cuando un campesino humilde se me acercó, y al ver el carácter de mi obra, me preguntó si yo conocía a Picasso...

Ya ve usted, el Maestro era conocido en las montañas bávaras, como lo es en Chile, Japón y en cualquier país civilizado del mundo.

A Pablo Picasso a veces se le anatematiza o glorifica, y en esto se demuestra nada más que la diferencia de espíritu de los hombres.

—Se ha hablado también, — le digo, — que Picasso ha vuelto atrás en su arte, es decir, realiza hoy obras similares a las de su período inicial.

—Picasso es uno de los espíritus más inquietos e independientes: continúa su obra con una pasmosa serenidad, sin pensar en el público ni en la crítica, y para los suspicaces tan comunes entre nosotros, puedo decirle que Picasso es millonario y de ningún modo transigirá con la multitud.

—¿Y los críticos?

—Los críticos actuales están íntimamente ligados a la gloria de los artistas y la mayoría de ellos les deben su fama. Le puedo recordar al gran poeta de "Alcools", Gillaume Apollinaire, glosador del Cubismo y uno de los partidarios más convencidos del talento de Picasso y otros como André Salmon, Maurice Raynal, Florens Fels, Waldemar George, Gustave Khan, Bassler, en París, y Herwarth Walden, Hermann Bhar, Cohn Wiener, en Berlín, hacen la apología de los artistas y sirven de guía encaminando a los espíritus hasta la obra de los artistas modernos.

Lo único extraño que se podría notar en los artistas modernos de Europa, es su valiente obra de renovación. Ellos han quitado el polvo que durante siglos cubrió a ese placer estético que se llama el cuadro.

Ahora bien, volviendo a hablar de los críticos, puedo decirle que ninguno de ellos ha afirmado que se llegó a la meta. Ninguno se atrevería a mostrar el molde del buen gusto definitivo, pues eso sería haber despejado todos

los valores y, por lo tanto, limitar el Arte a una estéril situación de copia indefinida al alcance de todos. Por otra parte, ellos han expresado siempre sus conceptos de acuerdo con nuestra época, en la que la sensibilidad ha adquirido el desarrollo suficiente para convivir y traducirse con esta época de los vuelos interoceánicos, de la electrificación, de la T. S. H., etc.

Esta Pintura que se llama moderna, — agrega Cabezón, — no es el resultado de una moda, ni el producto de un sistema; el pintor ha conquistado su libertad para expresarse libremente con alegría sana, sin trascendentalismo, sin ciencia, sin ocultismo, sin romanticismo y sin filosofía.

Las masas europeas, educadas objetivamente en los Museos, han entendido que los pintores de hoy han vuelto su mirada a la Pintura primitiva, que es la más sana, no para imitarla, sino para continuar con el concepto de aquellos maestros esta parte distinta de nuestro camino. Por eso se ha desarrollado en ellos el sentido de la tolerancia y el respeto al pintor a quien se le individualiza, y no se le abanderiza suspicazmente. El pintor, entonces, se amplía, se desenvuelve libremente y consigue traducirse con más hondura en ese intercambio que existe entre el artista y la sociedad. De este modo han ido mostrándose esa serie de personalidades y de temperamentos que desconciertan a los provincianos del Arte.

El momento actual del Arte me interesa, porque lo veo lleno de probabilidades, más que ninguna otra época, porque, por las razones que he dicho, el pintor, sin ninguna limitación ni temor ante la cultura del público y la sabiduría de la crítica, que no aconseja sino trata de despejar el camino al artista, expresará sin trabas ni límite algunos, todo lo que la fantasía y su temperamento le dicten. A través de este período se generó el Cubismo.

—¿Hábleme de la trascendencia del Cubismo!

—Es un movimiento que, como usted sabe, data de 1906, cuando Cezanne murió y nos lo legó insinuado en su "voluminismo". Cuatro años después, Picasso y Braque, con una sinceridad inaudita, lo entregaron plasmado a la humanidad. A Matisse, esto le mereció sólo una exclamación: "Assez des cubes". Los críticos entonces lo bautizaron con el nombre de Cubismo.

Este movimiento no se generó motivado por tormentos espirituales, como han dado mucho en

decirlo, sino por un afán de seriedad. Así lo explica su apariencia, porque es síntesis.

—¿Cuáles son los fines que ha conseguido el Cubismo?

—La simplificación de todos los valores estéticos, que hasta esa época estaban retirados y alambicados, porque habían invadido la Pintura conceptos extraños a sus leyes.

Es extraño que este movimiento de serenidad haya producido una sacudida tan violenta. Dio la vena al mundo en poco tiempo. He visto fotografías de Arte Decorativo y cuadros cubistas de Japon, Indo-China, Persia. Sacuio los espíritus en forma violenta y sigue sacudiéndolos a pesar de que él cambia sus formas externas. De él no quedan más que sus conceptos, que siguen su evolución bajo otros nombres, como "neoclasicismo", "nueva objetividad", "super-realismo", etc. El que diga que el Cubismo fracasó, demuestra no tener ninguna sensibilidad, porque está latente en todas las manifestaciones de hoy.

—Ahora bien, — le insinuo, — hábleme de usted.

—Yo me fui a Europa, como usted sabe, a principios de 1922. Estudié en Berlín con el pintor Willi Jaeckel, artista de tendencia moderna, que tiene un concepto libre de la Pintura y que goza de una situación notable en Europa. Jaeckel es profesor de la Academia de Bellas Artes de Berlín y sus obras existen en los más grandes Museos de Alemania.

Hice más tarde investigaciones en Arte Decorativo e Industrial, trabajando en un taller de decoraciones teatrales en el barrio industrial de Berlín.

También hice labor de dibujo comercial con artistas como Newmann, Trias, y tuve el agrado de visitar los Museos de más de veinte ciudades germanas, entre ellas Munnich, Dresden, Colonia, Hamburgo, Braunschweig, etc. En esta última aprendí a conocer a los primitivos alemanes como Baldung - Grien, Lucas Cranach, Durer, Burkmaier, Walggemouth, Schoungauer, etc.

Estuve en Alemania hasta 1924. En ese año fui a Praga y Viena, en dirección a Italia, para visitar los Museos de Venecia, Bolonia, Florencia, Roma y Milán.

Después me dirigí a París, donde mis ojos verían tantas maravillas. Allí visité las famosas academias libres de Montparnasse y frecuenté la Academia de André Lothe. Algún tiempo más tarde hice una exposición en

Bruselas y otra en París, y tuve la suerte de vender varias telas.

Siento haber permanecido sólo dos años y medio en París. Hay allí novedades artísticas cada día.

Para un intelectual, nada más interesante que un paseo por la calle de la Beotie y la rue de Seine. En esas calles están conglomeradas todas las salas; se suceden doscientas exposiciones mensuales.

París y Berlín, — agrega Cabezón, — son dos centros de efervescencia espiritual. En ellos, los artistas hacen una vida agradable, no de luchas de escuelas, ni de asambleas. Las personalidades son analizadas bajo un concepto individualista. Se aprende en esas urbes la alegría del Arte y no la tragedia cotidiana que sufre el Arte en América.

Una serie de hechos materiales prueba hasta qué punto son favorecidos los pintores. No hay sección moderna en los Museos de las ciudades europeas que no tenga por lo menos una obra de Picasso, Derain, Juan Gris, Matisse, Kisling, Othon-Friesz, M. Vlaminck, Grigorieff, Sallieti, Modigliani, Oppi, Munch un Hoddler, Kokoschka, Franz Marc, Van Gogh, Van Dongen, Foujita, etc.

En los escaparates de las librerías aparecen las monografías de, estos artistas junto a las de los grandes maestros: Rafael, Miguel Angel, Leonardo, etc.

Expreso a Cabezón la alegría estética que me ha producido la exposición de Boris Grigorieff, y él entusiasmado me dice:

—Es una gran suerte que haya llegado a Chile Grigorieff. Es un gran acierto que Isamitt lo haya recomendado. La personalidad del ilustré pintor ruso es avasalladora en nuestro ambiente. Fustigar su labor sólo pondrá de manifiesto la insinceridad o debilidad espiritual del que lo haga.

A pesar de que la obra de Grigorieff demuestra una maestría suma y de la cual podemos apreciar varios de sus aspectos en su exposición del Palacio de Bellas Artes, el notable artista sigue el camino de su continua inquietud, la búsqueda infatigable, demostrando con esto sinceridad y espíritu juvenil.

Agradezco a Cabezón el amplio panorama de la Pintura moderna que él ha sabido trazarme con tanta serenidad, y lo felicito por la fe en el Arte que mañana sabrá llevarlo sobre sus alas a donde él quiera. Suyo es el tiempo.

A. C. S. M.

V E L A D A

Te alzas a veces
en medio de un círculo de vida distante.
Un dedo de luz
alarga el carmín de tus labios.
Entonces la casa, con las alas plegadas,
arquea su dorso, porque todo quiere ser acariciado
y las joyas de la noche están mojadas en lágrimas.
Yo busco en mí mismo piedad para mi corazón.
La luz, la sombra van tallando en nuestros rostros
un signo secreto de espera.
El gran viaje inmóvil a través de los días
tiene aquí su descanso
y prueba la miel de recuerdos que derrama la lámpara.
Sostén mi vida, apaga el resquemor de mi esperanza,
dame la soledad del pensamiento,

aíslame en el giro de tu danza, muchacha nocturna.
Entonces me reconocerás. Yo soy el último de tus días;
en mí se abre la nada y se mueren los llantos.
El cielo de fiesta cuelga sus guirnaldas ardientes
y la casa devora la noche con sus ventanas.
Nadie canta sino con la voz del pasado.
El tiempo, más sigiloso que un ladrón, acecha.
Le interrogo por mi destino y surge tu rostro.
Así, mi destino tiene un rostro.
Los astros flotan en el agua de la noche.
Grandes navíos pálidos. Tripulaciones ebrias.
Nosotros, desgastados por el humo del sueño
esperamos todavía un poco más de vida.

Los Grandes Autores y sus mejores Obras

LIBRERIA DE GATH & CHAVES

PRIMER PISO

GONZALEZ VERA.— Alhué, estampas de una aldea	\$ 5.00
BLASCO IBAÑEZ.—La vuelta al mundo de un novelista	22.50
E. BARBUSSE.—El Fuego	7.50
" Claridad	7.50
" Los Judas de Jesús	7.50
" Nosotros	7.50
" El resplandor en el abismo	6.00
" Encadenamientos (2 tomos)	15.00
J. L. ESPEJO.—Los amigos de López Barbadillo	7.50
PIO BAROJA.—El Laberinto de las Sirenas	7.50
" La mala hierba	7.50
" El árbol de la ciencia	7.50
" La busca	7.50
" La sensualidad pervertida	7.50
JULIO CAMBA.—Sobre casi todo	7.50
" Sobre casi nada	7.50
LUIS E. DELANO.—La niña de la prisión	5.00
C. DE VESME.—Historia del espiritua- lismo experimental	18.00
Prof. FREUD.—El análisis profano	15.00
J. W. LEIBNITZ.—Nuevo tratado sobre el entendimiento humano	22.50
" La teodicea o tratado sobre la libertad del hombre y el origen del mal	30.00
A. SCHOPENHAUER.—El mundo como voluntad y repre- sentación	45.00
WELLS.—Breve historia del mundo	15.00
M. MEUNIER.—Leyendas épicas de Gre- cia y Roma	9.00
A. REY.—Psicología	14.40
W. H. PYLE.—Psicología del aprendizaje intelectual y manual	10.80
" Psicología educacional	10.80
Obras de Dewey.—Cómo pensamos	10.80
" El método Decroly apli- cado a la escuela	10.80

LIBROS NUEVOS

ELIAS ARZE

JUVENTUD, VICIO, AMOR

Novela que apasiona al lector, desde el principio, y mantiene el interés du- rante todo su desarrollo, en 324 páginas.

PRECIO: \$ 6.00 — PROVINCIAS: \$ 6.50.

“ALTAMAR”

POEMAS DE CARLOS CASSASUS — PROLOGO DE JOAQUIN EDWARDS BELLO.

Cassasús, es, como dice Joaquín Edwards en el prólogo, el cantor del Puerto. Valparaíso debe estar agradecido del que lo ha sabido sentir tan intensamente.

PRECIO: \$ 6.00

ABRIREMOS EL AÑO 1929, CON UN LIBRO ESTU- PENDO:

Uno de nuestros mayores valores poéticos:

“La Ciudad Invisible”

de Angel Chuchaga Santa María.

También aparece en la primera semana de enero, el libro de Isaías Gamboa: “Poesías”, Recopilación y notas de Julio Molina Núñez.

EN PREPARACION: Poesías selectas de José Santos Chocano.

PROXIMAMENTE: “Memorias de Emilio Salgari”; “Sus Mejores Poe- mas”, de Rubén Darío; “Corazón” de Amicis.

EDITORIAL NASCIMENTO

Ahumada 125 — Casilla 2298 — Teléfono 3759

“La Sonata a Kreutzer”

La inmortal novela de Tolstoy
ha sido llevada a la pantalla
y la estrena la

Sala Imperio

EL MARTES 8

DOS CAPITULOS DE RAYMOND RADIGUET

EL BAILE DEL CONDE DE ORGEL

(Traducido especialmente para "Letras")

I

La señora de Orgel vivía en una tortura constante. Se sentía muy lejos de su esposo para esperar socorro. Ella hubiese encontrado mucho más natural dirigirse a Francisco. Su pudor no se podía resolver. ¿Cómo decirle lo que ella esperaba de él sin confesar lo que no debía saber jamás? Su persona entera reflejaba el cruel combate de que ella era el teatro. No tenía ya buen semblante y Francisco estaba lejos de pensar que él causaba esa palidez. Su amor crecía aún. "Ella no parece feliz, pensaba él. ¿Por qué, pues? Ella ama a Anne. Sin duda él no la ama tanto como ella quisiera". Y de su amor y de su amistad, combinados, resultaba una situación tan extraña, que resolvió hacer uso de toda su influencia sobre Anne para empujarlo a amar mejor. Porque sentía además que si Anne hacía desgraciada a Mahaut, él no podría tener amistad para él.

Una noche, la señora de Orgel parecía aún peor que de costumbre. Francisco, desconcertado, confió sus temores al Conde de Orgel, después que ella se hubo retirado a su pieza.

—Mahaut no tiene buen semblante.

—Ah, ¿no es cierto? — dijo entonces Anne aliviado.

Yo no sé qué hacer. Usted se ha dado cuenta también. Ella me aflige. No sé qué hacer. Ella afirma que no tiene nada. Yo no sé cómo tomarla. Se creería que mi presencia la enerva. Por otra parte, como estoy inquieto, no me atrevo a dejarla sola.

Francisco se encontraba frente a un hombre tan diferente del que pensaba hablar, el que había sospechado que Anne no amaba a su mujer.

—También, continuó el Conde de Orgel, Mahaut es terriblemente joven; tiene necesidad de más actividad. La estación es triste. Sin duda en la apertura estará menos triste. Pero es que ella no me facilita la tarea. Para distraerla, yo he tenido la idea de ese baile. Usted ve cómo ella lo recibe. Yo quiero llevarla donde un médico que me recomiendan y que sana lo que no tiene nombre: ella no quiere.

—Yo no sé qué hacer, — repitió Anne de Orgel.

Mientras que Francisco, por su parte, se lamentaba de tanta impotencia.

La noche misma, como Mahaut respondía a las preguntas inquietas del conde: "Pero yo no tengo nada, lo aseguro". Anne gritó: "No soy el único

que nota tu transformación: Francisco la ha sentido sin que yo le hablase".

La señora de Orgel se vió perdida. Ella sólo se había retrasado. El peligro nunca se le había aparecido tan próximo. Se decidió. En la mañana del siguiente día escribió a la señora de Séryeuse.

Lo que es muy fácil de decir, no se llega a enunciar claramente. Ella le pedía que la salvara. Se apercibió de súbito que no había confesado su amor. Desgarró la carta, volvió a la tarea, haciendo una confesión tan ordenada, tan embarazosa como le fué posible.

La señora de Séryeuse, que jamás había pasado por parecidos trances, halló la carta confusa. La honestidad, la virtud pueden poner en estado de ferroz incomprensión. La madre de Francisco, demasiado feliz por haber amado solamente a su esposo, sólo creía en la solidez de los sentimientos conyugales. Era preciso ser un monstruo para tener a otro, además del marido, en el corazón. ¿Pero qué significaba aquello? Una mujer que confiesa su crimen para no perderse. La señora de Séryeuse pudo al fin comprender que la vida no es tan simple, que la virtud no tiene un solo rostro. Releyó la carta. Ella esperaba en la antesala: "¿Sabe usted si la señora Condesa estará en casa al terminar la tarde?" Después de una contestación afirmativa: "Mi visita es esperada,—pensó la señora de Séryeuse. Es más grave que lo que yo creía". Más grave significaba para ella que Francisco era culpable. Porque ella iba a ver a la señora de Orgel, no por piedad, sino como madre, que al recibir una carta del Prefecto, a menudo insignificante, corre al colegio, persuadida de que su hijo ha obrado mal.

La señora de Orgel, después de la carta, se sentía soliviada. La atención que ella había puesto allí le había disfrazado lo trágico de la circunstancia. Sería loco decir que estaba tranquila, pero sentía el contento de haber obrado. No se sentía ya en el estado de enfermedad de los días precedentes. Acaso ese alivio venía más de la confesión de su amor que de lo demás. Al fin alguien participaba de ese pasado secreto. No era su vergüenza la que se hallaba satisfecha, sino su amor. Sin duda no se sentía aterrada de su decisión, porque aún no era una decisión verdadera.

En el tren, la señora de Séryeuse releía:

"Señora:

El apresuramiento con que yo le envío esta carta, la prepara ya a lo que voy a decirle. Sin em-



Raymond Radiguet

bargo, cuán lejos estaba usted de la verdad, como lo estaba yo misma hace algunos días. Cuando sepa el peligro que corro, tal vez juzgará una desvergüenza mía, pedirle ayuda.

En los comienzos de la amistad de mi marido con su hijo, yo no tardé en apercibirme de la preferencia que yo le concedía sobre todos nuestros amigos; no me alarmé muy seriamente, y creí haberme dado cuenta sólo por un exceso de escrúpulos. Ya, sin saberlo, obraba mal. El incidente de Champigny ayudó aún a mi conciencia a quedar en reposo, y yo me tomé desmesuradamente de la idea de que Francisco era más que un amigo, un primo, y que mis sentimientos, entonces, no tenían nada que no fuese legítimo.

Yo estaba ciega, ya no lo estoy. Es preciso dar a mis sentimientos hacia su hijo el nombre que mi vergüenza exige. Pero una madre se alarma pronto. También es necesario que me apresure a decirle que su hijo es inocente, él no ha tentado nada en contra de mi reposo. Yo sola he llegado a esos sentimientos prohibidos, los que él ignora. Desde luego, si yo no fuera la única culpable, comprenderá bien, señora, que no tendría el descaro de pedir socorro. Pero usted sólo puede obtener de él lo que yo no puedo pedir: si él tiene amistad por mi marido por nosotros, que no nos vea más, porque yo sólo puedo salvarme salvándome de su presencia. Usted encontrará lo que es más adecuado para convencerlo. Acaso sea decirle todo. Yo no tengo miedo, sé que él no tendrá

ninguna vanidad con mi angustia. Felizmente, le costará a su corazón la pena, ligera al lado de otras que he conocido, que se experimenta al alejarse de amigos verdaderos. Yo no supe serlo. Mi corazón ha traicionado esta amistad. Es preciso que Francisco no me vea más.

No diga que no tengo el derecho de obrar así, de quererlo separar de mi marido y que yo falto al primero de mis deberes, no confesando todo inmediatamente al señor de Orgel. Muchas veces en estos últimos días he intentado advertirselo. Pero él parecía tan lejos de la verdad, que no tuve coraje. No quiere escucharme más. Si mi marido es culpable, es de haber tenido mucha confianza en mí.

Ay de mí. ¿Yo no puedo contar con nada. La religión no puede ya socorrerme. Yo he amado bastante a mi marido, para seguirlo en su incredulidad. ¿Podría mi madre suponer que yo me le pareciese tan mal? ¿Cómo me hubiese puesto en guardia en contra de peligros que para ellas sólo podían ser imaginarios? Yo no hubiera creído jamás no bastarme yo misma para defender mi honor. Si yo me lamento, es de la confianza que me han acordado, de la que hoy veo que era indigna.

Persuada a Francisco, señora, se lo suplico!

De usted y de su hijo son las dos personas de las que espero todo".

Ella me oculta la verdad, pensaba la señora de Séryeuse. Una carta semejante no viene sola. Ella me prepara.

II

Fuó en su pieza donde Mahaut recibió a la señora de Séryeuse. Había hecho decir que no estaba para nadie, salvo para ella. Las dos mujeres hablaron al principio de cosas indiferentes.

La señora de Orgel no sabía cómo abordar un tema semejante. Ante ese silencio, la señora de Séryeuse se dijo: "Es preciso que eso sea más grave aún que lo que yo me imagino". Y persuadida de sus faltas, comenzó, tímida, como si ella fuese la culpable.

—No me atrevo a traerle mis excusas a nombre de mi hijo.

—¡Oh, señora, qué bondad! — exclamó Mahaut. Y muda por su corazón, ella tomó las manos de la madre. Sobre ese terreno deslizante, como patinadores novicios, las dos mujeres puras rivalizaron en torpezas.

—No, no,—decía Mahaut,—le

afirmo que Francisco es extraño a este drama.

La señora de Séryeuse, vencida que éstos eran los últimos escrúpulos de Mahaut, dijo que ella sabía a qué atenerse sobre los sentimientos de Francisco.

—¿Quién se lo ha dicho? — preguntó la señora de Orgel.

—Pero yo lo sé — replicó la señora de Séryeuse.

—¿Pero qué?

—Que él la ama.

La señora de Orgel lanzó un grito. La señora de Séryeuse tuvo el verdadero espectáculo de una angustia humana. Venía todo el coraje de Mahaut de la certidumbre de que Francisco no la amaba? Una alegría loca aclaró un segundo su rostro, antes que la señora de Séryeuse pudiese ver aquel ser desarraigado sacudido por el dolor. Si hubiese llegado Francisco en ese estado, ella hubiese sido de él. Nada le habría impedido caer en sus brazos, ni aún la presencia de su madre.

La señora de Séryeuse comprendió todo. Espantada quiso retractarse.

—Yo le suplico, — exclamó Mahaut, — no me arranque mi único júbilo, lo que me hará soportar mi deber. Yo no sabía que él me amaba. Felizmente, mi suerte ya no me pertenece. Yo le pido, además, que me oculte a Francisco. Si él me quiere, invente lo que guste, pero no le diga la verdad; estaríamos perdidos.

Hablando de su amor a la madre de aquel a quien amaba, la señora de Orgel casi se complacía. Después de esos primeros transportes:

—El debe venir esta noche a nuestra comida, — dijo ella, con una voz más segura. ¿Cómo impedirselo? Yo no podré volver a verlo, sin desvanecerme.

En el fondo, la señora de Séryeuse prefería obrar sin tardanza. Todavía bajo la influencia de esta escena, ella convencería mejor a Francisco. Lo encontraría sin duda a las siete en casa de los Forbach.

—El no vendrá, — dijo ella. Se lo prometo.

Lo que en esta escena no hubiese sorprendido más a Séryeuse, hubiese sido la actitud de su madre, a quien creía fría. El espectáculo de esta pasión despertaba en ella a la mujer adormecida. Ella tenía lágrimas en los ojos. Abrazó a Mahaut. Las dos sintieron sus mejillas ardientes y mojadas. Cierta cosa casi teatral embriagaba a la señora de Séryeuse. Es una santa — se decía frente a la calma que daba a Mahaut la certidumbre de ser amada.

R A Y M O N D R A D I G U E T

II

Devorado por las plumas y sumergido en el mar ha dejado pasar su sombra en el vuelo pájaro de la libertad.

Ha dejado

la pendiente a los que caen bajo la lluvia.

Ha dejado su techo a los que se verifican.

Su cuerpo estaba en orden

el cuerpo de los otros ha venido a dispersar

este orden que él tenía

con la primera huella de su sangre sobre la tierra.

Sus ojos están en un muro y su rostro es su pesado adorno,

una mentira más del día,

una noche más, y él deja sus ciegos.

UN POEMA DE PAUL ELUARD

(Traducido especialmente para "Letras")

En un rincón el incesto ágil
da vueltas al rededor de la virginidad de su vestido
en un rincón el cielo rescatado
deja círculos blancos a la orilla de los ángeles.

En un rincón más claro a todos los ojos

aguardan los peces de la angustia.

inmóvil, glorioso, y para siempre.

En un rincón el coche de verdura del verano

Al resplandor de la juventud

lámparas encendidas muy tarde,

la primera muestra sus senos que matan insectos rojos...

CASA DE ARTE

Dittrich & Silberfeld

AGUSTINAS 1049. — TELÉFONO 5782. — CASILLA 2731

Cuadros Antiguos y Modernos
Toda clase de Objetos de Arte
Muebles de Estilo
Platería Colonial

VISITE UD. NUESTRA SUCURSAL

CASA de ANTIGUEDADES
"EL TAJAMAR"

Calle Esmeralda 749 - Teléfono 5398

Vicente Blasco Ibáñez

El inolvidable novelista valenciano

Se acaban de publicar las
siguientes obras

(No deje Ud. de leer estas hermosas
producciones literarias)

cada una \$ 8.00

¡Por la Patria!	Marugita Quirós
El conde de Baselga	Juventud a la sombra de la vejez
El padre Claudio	En París
El señor Avellaneda	El casamiento de María
El capitán Alvarez. (Dos tomos).	El conde Garcí-Fernández
La señora de Quirós	Fantasías (Novelas cortas)
Ricardito Baselga	

Librería **SALVAT**
Barcelona-Santiago

CASILLA 2326 — AGUSTINAS 1043 — TELEF. 4734.
SANTIAGO.

EDITORIAL DEL PACIFICO - Catedral 1432
SANTIAGO

Tomás Gatica Martínez

EL AMOR DE JUAN NADAL

Novela

Precio: \$ 6.00

Opiniones sobre la personalidad literaria de Tomás Gatica Martínez.

La personalidad literaria de Tomás Gatica Martínez ha sido ventajosamente juzgada en Europa y América.

He aquí algunos de esos juicios:

De V. Blasco Ibáñez.

Yo soy partidario de la verdad y de la libertad en la novela. Cuando se presenta una escena escabrosa, el artista no debe huirle el cuerpo.

Escriba así, sin miedo alguno a la verdad desnuda. Su talento de novelista me seduce, mi querido amigo, y asimismo esa su elegante soltura que lo hace a uno tragarse las páginas sin demora.

De la Condesa de Pardo Bazán.

Su novela "La Cachetona" es sólo un boceto. Pero hay tanto vigor en algunos detalles, su estilo es tan liviano y tan donoso, a pesar de su afrancesamiento, que me quedo sólo esperando un libro más definitivo para el cual pronostico el mejor éxito dentro de la novela americana de costumbres sociales.

De Valentín Letelier.

He leído con interés su novela "La Cachetona" y me complacen el vigor del estilo y sus finos toques de observación social.

Usted ha pintado bien esas flores nuevas y espontáneas de nuestro suelo: las Cachetonas.

A semejanza de usted, creo que este tipo moral se ha formado por obra de una falsa educación que constituye cada hogar sobre la base de una dualidad divergente e irreductible.

De Eduardo Marquina.

Junto con su hermoso y atinado discurso crítico, agradezco su novela "La Cachetona", que es un cálido poema de humanidad, escrito en la prosa más liviana en que puede escribirse un libro.

De Omer Emeth.

Bien dibujados y mejor pintados los cuadros de esta novela, ("Gran Mundo") tienen tanta precisión como colorido. Tanto abundan en uno y otra, que, según algunos entendidos, más parecen fotografías de la realidad viva y concreta que creaciones de novelista.

De Luis Orrego Luco.

Gatica Martínez debe ser considerado entre los escritores más finos y brillantes de las generaciones nuevas. Su pluma tiene hábiles y delicadas tonalidades de acuarela y domina el arte de los matices. Por eso, sin duda, han tenido tan merecido éxito sus producciones novelescas. Es un fiel observador de la vida y trata de reflejarla en sus obras con la mayor intensidad artística.

De Joaquín Edwards Bello.

Tomás Gatica Martínez es un observador agudo, sutil por temperamento; todos los que lo conocemos apreciamos en él sus dotes de ironista fino y penetrante; su sensibilidad tiene afinadas antenas para apropiarse el medio que describe.

G A R U A

Siempre la noche se rompe y las estrellas se hacen trizas sobre los grandes puertos del mundo.

Todavía no sé si ríes, porque tienes bonitos labios, o tienes bonitos labios porque sabes reír.

Al amor platónico, como a los cuadros impresionistas, hay que mirarlo desde la distancia. De cerca, la nada de ambos nos espanta.

Debía establecerse una línea aérea para fomentar el turismo de las ideas.

De ideas sutiles. De ideas no escritas. Las mariposas serían, seguramente, los grandes "steamers" del espacio.

Rara vez se atreve uno a rebatir las opiniones o las ideas de una persona con anteojos. Son casi como las opiniones y las ideas de una persona con barba.

Esa calavera que está en el estudio del médico, debió ser, en el mundo, muy curiosa. ¡Cómo se le han podrido los ojos!

También debió ser glotona... Se le han desvencijado las mandíbulas de tanto mascar el tiempo.

Lo raro, es que no hable, a pesar de no tener nada dentro.

¡Cómo están las futuras borracheras embotelladas y etiquetadas en las bodegas de los vicultores!

A veces me pongo a pensar en el peligro que significarían, para los hombres de trabajo, esos bailarines que danzan dos y tres días seguidos sin descansar, si de repente tomaran la vida en serio.

Las mujeres, por lo general, acompañan tan sabiamente sus frases con la mímica y la expresión de los ojos, que uno no entiende palabra de lo que dicen.

Los periodistas y los que escriben para el consumo inmediato, se divierten extraordinariamente trabajando. Cada línea terminada es una moneda que salta sobre el papel.

Así, mientras escriben, pueden ir enterando, mentalmente, en sencillo, el importe de cada crónica.

Las líneas que les salen con correcciones, son monedas viejas o agujereadas; las en frases de molde, — ¡tan periodísticas! —

son chauchas borradas por el roce al pasar de mano en mano.

En el siglo XVIII, los vestidos femeninos, muy largos de abajo, eran extremadamente cortos de arriba. Se tenía escrupulo de mostrar las piernas, pero no de exhibir el pecho.

Ahora no hay reparo en exhibir las pantorrillas. En cambio, se oculta más el busto.

Decididamente, a las mujeres la moral se les ha ido hacia arriba.

Cuando veo esos perros alemanes, tan largos y que parece que la mitad del cuerpo ya les va a arrastrar por el suelo, me acometen deseos de colocarles un par de patas más en el centro.

Rouge, Rimmel, White, son tres prestigiosos extranjeros que se suben a los escenarios para lanzarnos las más estupendas mentiras.

A veces también salen los tres del brazo por las calles del centro.

Los psicólogos suelen errar de puro agudos. También yerran, de puro torpes, los tontos. Y en esto se parecen muchísimo a los inteligentes.

La vida es un alfabeto. En ella hay personas graves, agudas, llenas, mudas, mayúsculas y minúsculas, góticas y redondas.

La "h" es una letra que dictamina a menudo sobre la cultura

de las personas. Pero habla sólo por los ojos. No suena. Es lo contrario de las mujeres, que suenan mucho y no dicen nada.

La "u" es neurasténica. A veces suena muy bien y otras veces se encierra en un mutismo absoluto.

MARIO BONAT.

AMANECIDA

Sediento y extraviado estoy en la selva nocturna mientras un río de joyas se ha detenido en el cielo. Desde los viejos calendarios brotan miradas azules y en el fondo de los mares nace un sollozo de campanas. ¡Oh, muchacha distante, en la vitrina del tiempo se destiñe cada día la cera de tu imagen! A veces te sorprendo errando en viejas ciudades polvorosas, como estampas apretadas de años... Ajorcas de crisantemos se deshojan en el cielo y olvidadas palabras trepan hasta mis labios oh, muchacha tan alta como una espiga de oro hoy, tu vestido nocturno cierra el horizonte! Corren lunas traviesas sobre los vientos errantes y hacia el alba, mi caballo lleva cascos de rocío. Esta noche cien mujeres alargan sus cabelleras desde la orilla de aguas que cerca los horizontes...

R A U L C U E V A S

2 POETAS Y ANQUIS

De CARL SANBURG

BAILARINA DE VARIEDADES

Elsie Flimmerwon, al fin has conseguido entrar a un grupo de Jazz Band de variedades.

La sala se vuelve loca cuando tu acabas de bailar el shimmy, un vertiginoso shimmy al son de "The Livery Stables Blues".

Hace mucho tiempo, Elsie Flimmerwon, que yo ví a tu madre sobre una cubeta, lavando bajo un emparrado, cuando tu padre llegó con un ataque de ataxia causado por un choque de locomotoras.

Hace mucho de esto, Elsie, y ahora escriben tu nombre en un gran anuncio eléctrico.

Entonces tu eras una rapaza con delantal a cuadros, y tu madre te limpiaba las narices y te decía: "¡Puesca! ¡Y cuidado con que te salgas a la calle!"

Ahora ya eres una mujercita, y toda la multitud que pasa por la calle lee tu nombre, y una hilera de gente, formando una gran letra S, espera en la taquilla con la esperanza de verte bailar el shimmy.

JAN KUBELIK

Tu arco se desliza sobre una cuerda y una larga nota baja estremece el aire.

(Una madre de Bohemia llora sobre un recién nacido que aprende a tomar el pecho).

Tu arco corre sobre todas las cuerdas agudas, alborotado y alegre.

(Todas las muchachas de Bohemia, en una tarde dominguera, ríen en los oteros con sus novios).

Monosilábico

Permitidme que este día pueda ser monosilábico. Oh, Señor.

Ayer perdí un montón de palabras con un tonto y con un niño.

Hoy permitid que pueda ser monosilábico... un amigo de los viejecitos que lavan un rayo de sol entre sus dedos y que se regocijan con sus relojes anticuados.

LA VERJA

Ya fué terminada la casa de piedra junto al lago y los trabajadores están empezando la verja.

La verja es de barras de hierro con puntas de acero capaces de arrancarle la vida al que se enganche en ellas.

Como verja, es una obra maestra de protección contra los vagabundos y muertos de hambre y contra los chiquillos callejeros que buscan un sitio en que jugar.

Por entre las barras de hierro y sobre las puntas de acero, nada puede pasar como no sea la Muerte, la Lluvia y el Mañana.

De ALFRED KREYMBORG

MISTRESS ART

Le vieron trabajando sus vagos ojos brujos, y la mirada que los encendió de pronto reveló el deseo de su corazón. deseo que al instante dejó escapar su lengua: "¡Ay, Niño! Ven a mí. Sírveme. Escucha: Quiero una copa azul de oro".

hizo para ella la copa azul de oro. está mal — ella dijo. — Pero ya me ha cansado.

Quiero un canto de amor". Y él le hizo un canto de amor. "No está mal — ella dijo — Pero también me cansa. Quiero una sirena esculpida". Y él hizo para ella la sirena esculpida. "No está mal — dijo ella — Pero también me cansa. Quiero una mariposa anaranjada". En lugar de la mariposa anaranjada, le dió él una queja: "¡Basta, Señora, no puedo más, basta, Señora, estoy cansado!" ¡Ay, basta, basta, Señora, estoy enfermo, me caigo, (me muerdo)".

Pero ella no le oye. Sus vagos ojos brujos ven trabajar a otro. Y en seguida la oyeron gritar: "¡Ay, Niño, ven a mí. Sírveme. Escucha: quiero..."

GRABADO

Eran entre todos siete, vestidos de negro, siete cuervos silenciosos, en pie. no del todo verticales, junto a una caja de ébano; y en la caja, el octavo, tendido y horizontal.

VISTA

La nieve, ¡ay, si ya lo creo, es blanca y bonita, blanca y bonita, bonita de veras... desde mi ventana.

El mar, ¡ay, si, ya lo creo, es verde y tentador, verde y tentador, tentador de veras... desde la orilla,

El amor, ¡ay, si, ay, si, ya lo creo, sí, de veras, si, ya lo creo!

H O R A D E L O S P O E T A S

Queremos recordar en estas páginas a seis poetas nuestros que se alejaron demasiado pronto. Eran jóvenes, amaban la vida, y para cada uno de sus sueños tenían una canción guiadora. Pero un ciego destino caminaba con ellos, vacilante, perdido entre las alegrías y las penas. Y un día cualquiera les echó a rodar la juventud por esa soledad que dobla secretamente sus campanas sin tiempo.

Domingo Gómez Rojas, María Antonieta Le-Quesne, Raimundo Echavarría y Larrazabal, Romeo Murga, Juan Egafía, María Peralta. He aquí sus nombres, ahora atados silenciosamente a la palabra "jamás".

Inclinados sobre el propio corazón, cogieron a veces un canto puro, haz de cielos en lejanía, espejo de imposibles paisajes. Y ya de ellos no nos quedan sino esas palabras que sirvieron para mecerles una hora de su vida.

¿Cómo fueron? ¿Qué ola feliz o infortunada vino a golpear sus mañanas y sus noches? ¿Qué esperanzas, qué desalientos aguardaron, en cada amanecer, junto a esos habitantes de una dura suerte?

Ahí están, respondiendo, unas cuantas imágenes que el olvido ha empezado a descolorir. El olvido—ya lo veis—y sin embargo

el tiempo no ha volcado nunca alejaron.

Domingo Gómez Rojas, tac, una turbia mano hacia la tragedia, el grito más áspero, se resignación y la melancolía, cierra que todo lo mueve.

María Antonieta Le-Quesne mente caída en su enfermedad y esa tierra que no vemos.

de DOMINGO GOMEZ ROJAS

de MARIA ANTONIETA LE-QUESNE

de RAYMUNDO ECHAVERRIA
Y LARRAZABAL

R U E G O

Déjame, madre, solo, frente al cielo dormido;
no digas mal del cierzo ni protestes querellas;
no importa que la noche me dé besos de olvido;
quiero sentir mis ojos florecidos de estrellas.
¿Que me hará mal? No importa; sólo así, madre mía,
tendré resignación de morir cuando muera
y podrá sonreír de la melancolía
con la sonrisa inmóvil mi propia calavera.

E X T A S I S

Ante el santo paisaje me detengo
con la solemnidad de alguien que mira
Y así, frente al paisaje, a la divina
belleza del paisaje, sólo siento
la belleza de Dios, ¡virgen desnuda!
Y como blanda mano sobre el labio,
siento que la palabra se me interna
como un grumo de miel, y que me callo.
la sensación imperceptible y diáfana
de no sentir la carne ni la vida...
¡Y el éxtasis de Dios me inunda todo!

E L E G I A

Madre: cuando haya muerto nuestra carne y el mundo,
cuando ausentes del cuerpo las almas tengan alas;
cuando armoniosamente lo invisible y profundo
nos lleve por divinas sensaciones de escalas,
supervive la esencia de mi triste palabra,
supervive tu amor, pues en él me consagro
para la vida eterna y espero que Dios abra
para tus santidades las manos del milagro;
y cuando nos gocemos de la vida futura
supervive el pasado de este valle desierto
para que entonces, juntos, lloremos con dulzura
por esta tierra de hoy que será un astro muerto.

M I S E R E R E

La juventud, amor, lo que se quiere,
ha de irse con nosotros. ¡Miserere!
La belleza del mundo y lo que fuere
morirá en el futuro. ¡Miserere!
La tierra misma lentamente muere
con los astros lejanos. ¡Miserere!
Y hasta quizás la muerte que nos hiere
también tendrá su muerte. ¡Miserere!

Sé que soy de Las leyendas de la Muerte del Mar

I

Sé que soy de la muerte
como la muerte es mía:
que son cortos mis días
de peregrinación
con esta cruz...

Sé que la muerte es mía
como soy de la muerte,
y que todos vosotros
me iréis después en pos...
pero siento la angustia
de esta lenta agonía
con acritud salvaje,
con desesperación!...

II

...Y pensando en la muerte
y pensando en mi espíritu,
me acordé de vosotros,
caros hermanos míos,
que, enfermos de tristeza,
de soledad y hastío,
vagáis oscuras sendas,
con más o menos alma,
con más o menos penas...

Y siento la tristeza
de no poder hundirme en la belleza
de vuestros armoniosos
poemas inefables,
que aromaran la senda
por donde fué mi vida
como un grano de arena.

Sé que soy de la muerte
y que me está cercana:
esta lenta agonía

ve las vacilaciones del espíritu,
que presiente la vida en un futuro
que no ha podido nunca definir...

...
Hermanos:

Yo presiento las alas del espíritu
acercarse a mi cuerpo.

Capitán,
padre mío,
Capitán de Navío,
¿dónde están
las ciudades azules
y los puertos sombríos,
y las lindas mujeres
que murieron de hastío,
esperando tu vuelta?

Capitán,
padre mío,
¿dónde están
los ocasos violentos,
las velas que cantaban
En las manos del viento
y el negro de Manila
que te quiso matar;
las leyendas de Cuba
las leyendas del mar,

Capitán,
padre mío,
dónde están... dónde están?
Ahora eres un barco,
encallado en los pueblos;
te aburrirás como todas
las naves, en los puertos;
quisieras ver tu vela
enganchada en el viento...
¡navegar, navegar!...
Y veinte marineros,
como veinte recuerdos
encienden con sus pipas
los horizontes negros.
Capitán,

padre mío,
Capitán de Navío,
¿dónde están
las ciudades azules
y los puertos sombríos?...
Capitán,
padre mío,
dónde están?... dónde están?...

ETAS MUERTOS

inviernos desde que ellos se

mo, inquieto, conducido por
y la muerte. En su verso le-
en a hablarse en voz baja la
bs ojos y piensa la fatalidad

andonada del júbilo, triste-
iendo el constante llamado de

Raimundo Echavarría y Larrazábal, dueño de todas las sensaciones, de todas las bellas palabras que apresuran la pena o acrecen el contento en el corazón de las mujeres. Camarada cordial, elegante vagabundo de los días, con un gesto indolente, desasido de gozo y amargura, tendida el alma entre los vientos que dicen su ancha música en valles sin nombre.

Romeo Murga, calladamente detenido en su corazón, con una red sin alegría echada hacia la nostalgia y el cantar.

Juan Egaña, viajero del infortunio, apresado entre rudas noches y siempre con una voz desalentada sobre el espíritu, sobre

los labios, sobre el paisaje que venía a sus ojos. Abúlico, enfermo, triste, a veces contó en su verso la pobre historia de su alma.

María Peralta, humilde, silenciosa, con alegres anhelos a través de sus mañanas, estremecidos presentimientos a través de sus crepúsculos.

Estos son los seis poetas que hemos querido recordar ahora. Sean estas descoloridas palabras un homenaje que detenga al olvido en su lluvia indiferente, ceniza sobre unas manos cruzadas en la secreta soledad.

H. del S.

de ROMEO MURGA

LA LEJANA

Como el sendero blanco donde vuela mi verso,
eres tú, toda llena de las cosas lejanas.
Evas algo de extraño, de sutil o disperso
como el polvo que dejan atrás las caravanas.

Amas la lejanía y eres la lejanía;
no has soñado jamás con la paz de tus lares.
Tienes el gesto claro y la blanca osadía
de las velas que parten hacia todos los mares.

Todo camino sabe de tu huella. Los montes
el viento te desean. Tú, sin saber acaso,
te inclinas tu cabeza sobre los horizontes
como sobre un regazo.

Otra vez al camino, al viaje comenzado,
las cosas lejanas del dolor y la muerte.
Si alguna vez, mujer, pasaras por mi lado
no podría detenerte.

Se quedaría inmóvil. No me querría asir
tu pálida veste de ensueño y azahares,
sino por la tristeza de mirarte partir
como una vela blanca hacia todos los mares.

LA PALABRA DE AMOR

Y hacia ti, mujer, después de alguna ausencia
de mis sonrisas y mis palabras suaves.
Te tenderé a la clara sombra de tu presencia
te diré otra vez eso que tú ya sabes.

O que tú ya sabes, pero que aún no entiendes,
que tú ya sabes y nunca entenderás.
Los de mujer, en ellos no se prende
más que la voz y el viento se lleva lo demás.

Lo demás es todo, el ansia de entregarse
y hace que, ardentemente, contra el silencio luche
palabra de amor que tiembla de escucharse
sobre todo tiembla de que tú no la escuches.

Palabra de amor en donde el amor cabe
no el cielo en tus ojos y el sol en tu mirada.
La voz que busca el tono más sereno y más suave
a hablar del ardor de nuestra llamarada.

Palabra de amor, lejana e imprecisa
tú conoces, llena de un pequeño dolor.
Y er, sobre mis labios ya no tengo sonrisas,
aun tengo en mis labios la palabra de amor.

de JUAN EGAÑA

ABULIA

Esta pereza de enfermo
que me tiene postrado en el lecho...
Ni leo ni duermo;

Al pasar lento de los instantes
va dejando en las almas un sopor...
fumo inmóvil, con la vista fija en el techo...
Hoy será como ayer... ayer fué como antes...
y mañana será peor...

Siento que me voy apagando lentamente,
con un último temblor de emoción.
(Ya no hay manos que se posen en mi frente,
ni ecos suaves sobre mi corazón...)

Hasta mi estancia, ni siquiera
ha llegado un beso de sol...
(Y bien... más dulce que las mentiras de la primavera
son las dulces mentiras del alcohol)...

¡Las mentiras del alcohol!... El día
se va muriendo sobre mi juventud...
(¿Para qué levantarme?) Aun no está vacía
la copa, mi silenciosa enfermera... ¡Salud!...

EN EL LECHO

A la hora del ángelus vendrá el amigo bueno
y su charla bendita disolverá mi mal.
A la hora del ángelus vendrá el amigo bueno...
y yo estaré cansado de llorar.

Se sentará en mi lecho... me hablará tristemente
mientras se va el atardecer.
Le contaré cómo ella se cansó de quererme
y para no llorar habremos de beber.

Y al rodar de la charla quedaremos enfermos
de una tristeza igual los dos.
(Y en tanto sobre el muro de enfrente irá muriendo
el beso último del sol).

Después... dirá que es tarde... cogerá su sombrero,
se desperezará; beberá un trago más...
Y como antes entró se irá el amigo bueno...
Y me quedaré solo con mi mal...

de MARIA PERALTA

LA ESPERA

Si nunca has de venir
¿por qué te espero,
por qué un día me visto de alegría
y otro día de negro?

¿Por qué en la rueca de oro
de mi castillo viejo y hechizado,
tejo y tejo mi malla de esperanza,
si nunca te aprisiono
entre las redes de sus hebras blancas?

Si nunca has de venir
¿por qué te espero?
¿por qué el mago me dijo que vendrías
del corazón por el camino nuevo?

OBSESION

Cava, hermano de celda, cava,
con golpe seco, acompasado,
golpe que engendra la locura,
¡y ya estaremos libertados!

El grillo de los pensamientos
lime tu golpe de obcecado;
suelte las alas la locura,
¡y ya estaremos libertados!

Horada con tus dedos finos
la cal de las prisiones blancas,
que es mariposa la locura
de grandes alas escarlatas.

Rompe la celda de la carne
—incubadora de otras alas—;
la muerte pliegue su cansancio
de grácil mariposa blanca...



EL

Disco Nacional Odeón

grabado por el moderno sistema eléctrico, reúne la producción de

los más prestigiosos cultores del canto y de la música,

en sus diversas y más destacadas expresiones populares.

Difunde - Enaltece - Valoriza
la producción chilena.

Exclusividad:

Max Glucksmann - Santiago

EL PENSAMIENTO

encuentra el mejor conducto para transmitirse, en la
PALABRA

que, a su vez, quiere hacerse extensiva y encuentra un medio de conseguirlo en el

TELEFONO

por intermedio del cual puede usted mantener una conversación en que su

PALABRA

transpone la distancia, llevando la fiel expresión de su

PENSAMIENTO

y evitándose así dificultades y explicaciones posteriores, que sólo puede evitar con el uso de este medio rápido y económico.

EL TELEFONO

Chile Telephone Company



SERVICIO URBANO Y DE LARGA DISTANCIA

LA PRIMERA MUJER

En ese tiempo, el verano significaba para mí innumerables alegrías. Recuerdo que pensaba en él muchas veces, durante el año. Por ejemplo, cuando la lluvia golpeaba su tamboril indolente. Entonces me arrinconaba en una pena sin objeto, amaba violentamente los perdidos paisajes y reconstruía mis alegres mañanas jurto al mar.

Yo sabía que era verano cuando veía a mi madre ordenar las maletas. Desde ese momento, todo me divertía: la palabra viaje, la imprevista resonancia de los cuartos vacíos, la noche que venía demasiado pronto.

Pero mi verdadera alegría comenzaba lejos de la ciudad. Mis padres poseían una casa de murallas grises, con pequeñas ventanas hacia el océano. Me gustaba oír desde mi pieza la canción derribada entre las rocas, emergida de pronto igual y diversa, poblada de aventureras imágenes. Pero cuando atardecía, me daba miedo la soledad. Yo no era entonces sino un niño de 10 años.

A menudo salía con mi padre. Cuando me cansaba, me tendía su mano. Yo lo interrogaba acerca de todo y él nunca dejaba de responderme. Conocía el nombre de los pájaros, los árboles, las estrellas y los vientos. También sabía agradables historias.

A veces, lejos de la casa, por

cualquier camino, nos encontraba la noche. Si él callaba, le hacía apresuradamente preguntas inverosímiles.

—Eres cobarde, — me decía, — y eso no está bien en un hombre.

Yo admiraba le seguridad que veía en mi padre.

Sentía vergüenza de ser tímido, soltaba su mano, y me complacía en imaginar las hazañas que concluían por atemorizarme de nuevo. Entonces estoy seguro de haberme despreciado secretamente.

En cambio, — invadido de bullicioso contento, — las mañanas eran para mí un refugio sin orillas. Tendido frente al mar o corriendo por la arena, gritaba gozosas palabras a los pájaros marinos, y en el reventar de cada ola podía cazar un júbilo inesperado.

—¿Sabe? Seré marinero, — le decía a mi padre. Así nunca tendré miedo.

Y todavía creo recordar que mi padre sonreía al verme caminar con oscilante paso de piloto.

Fue probablemente una de esas mañanas cuando la ví por primera vez. Ya el tiempo ha volteado su secreta bruma sobre ese día, y no consigo recoger el detalle preciso que abra un libre camino a mi recuerdo. Sin em-

bargo, creo entrever a mi padre y me parece escuchar la música de grandes olas que levantaban, caían, y regresaban a remover su espumosa cadena.

Hablábamos del mar, seguramente.

El me decía todo aquello que me gustaba, todo aquello que me ponía a oírle con ojos muy abiertos, y que en las noches derrumbaba terribles sueños sobre mi cuarto. A través de sus palabras, crueles monstruos de viscosos brazos y ojos verdes como hierba, se me aparecían vigilando el océano, aprisionando marinos, barcos y tesoros. Entonces, temblaba a pesar mío y mi padre se burlaba de mis temores.

—Serás un buen marinero, — reía, — porque no cualquiera es tan valiente como tú.

Yo miraba hacia el mar. Y el ronco aullido del agua me repetía un llamado de bestias sin destino, agazapadas y en acecho.

Esto que digo ahora, — procurando reconstituir algunas escenas de mi infancia, — no sirve sino para mostrar a mi padre de una manera descolorida, verdaderamente. Pero necesitaba recordarlo, — me imaginó, — para que aquella mujer olvidada tan largo tiempo consiguiera definirse en mi memoria.

Y bien, ya no tiene importan-

cia saber en qué momento la ví por primera vez. Era alta, hermosa, nos miraba como si sus ojos azules hubieran quedado lejos, me hablaba inclinando su perfume hasta cerca de mi cara. Y fué, exactamente, su perfume el que me despertó un corazón distinto, que me pertenecía y yo ignoraba. Recuerdo que aquello sabía arañar dulcemente, que aquello animaba extraños deseos: saltar, gritando, alrededor de ella, llorar, ser dueño de todas las aventuras, besar repentinamente su mano.

Pero a veces mi padre me alegraba de ellos. Si me aproximaba, dejaban de hablarse. Me decían que corriera, que alcanzara algún pájaro detenido, lejos, en la playa, que los niños no debían cansarse nunca. Y yo sentía un vago rencor hacia todo, apretaba los puños, me sentaba donde no podía escucharlos. Entonces, — cerrados los ojos, — me acuerdo de haber pensado cosas imposibles. Evocaba los monstruos submarinos que mi padre me describiera tan a menudo y que imaginaba caídos entre sus duras amarras.

Me veía perdido en la noche, apresado en horribles tormentas, muerto silenciosamente, mientras se me buscaba con corazón desesperado.

Esta era mi venganza, de la que salía con ojos húmedos para acudir al llamado de mi padre.

Pero no es esto, precisamente, lo que he querido recordar.

Es a ella a quien veo ahora, con su lenta mano enroscándose en mis cabellos, con sus lejanos ojos en el mar, en mi padre o en mí. Me agradaba oírle, respirar ese olor que venía de sus brazos, que emergía de su sombra, que apresuraba en mi pecho un latido diferente. Yo siempre era feliz cuando la tenía cerca.

Sin embargo, recuerdo que un día me besó entre los ojos y que una ira violenta me hizo rechazarla con todo el vigor de mis manos. Sentí que me besaba como se me había besado muchas veces, porque era niño y se me podía decir en seguida palabras sin objeto: "¿No te gusta correr? Eres demasiado pequeño para tu edad".

Pero el día que se fué conoció una pena semejante a la de los hombres. Su mano se agitó un instante, se borró después y desapareció para siempre la misma noche que dejé atrás mi infancia.

No obstante, durante mucho tiempo, hubiera llorado cada vez que aullaban, lejos, los trenes. Yo era solamente un niño, no lo olviden.

HERNAN DEL SOLAR

Pintura Indomexicana

JUANA GARCIA DE LA CADENA

Estamos asistiendo en México al resurgimiento vigoroso de una pintura indomexicana, categórica y genuinamente americana, primer testimonio de cultura indoamericana desde la invasión española. Indomexicanismo que no está ni hay por qué buscarlo en las fuentes episódicas y escénicas de esta pintura, es decir, en su repertorio temático, sino en la sangre, en el espíritu, en las palpitaciones vivas y esenciales que la impulsan y la inspiran.

Esta pintura tiene, por sus orígenes y sus raíces, por sus raigambres, valores y características completamente distintas a la pintura europea o europeizante, de cuyas influencias y órbita se mantiene completamente ajena y aislada. Toda la pintura europea postimpresionista, consecuente con las tradiciones intelectualistas de la cultura occidental, rehuye el testimonio directo e inmediato de la realidad exterior para crear una nueva realidad convencional, ideal, creyendo que mejor responde emocionalmente a los estímulos de la realidad exterior este convencionalismo cifrado, que la transcripción viva e inmediata de esta misma emoción. Es decir, más que del testimonio de la emoción, la pintura postimpresionista se vale, como recursos plásticos y expresivos, de una serie de signos o convencionalismos gráficos, por medio de los cuales la emoción estética, nacida del contacto con la realidad exterior, nos es presentada o sugerida como una realidad y una síntesis subjetiva, desvinculada ya de todo contacto y relaciones con la realidad exterior, es decir, como un producto completamente humano, cerrado. Carente de valores y estímulos objetivos, esta pintura,

intelectualista, construye, hipercriticamente, especulando sobre él, un medio artificial de emociones y afinidades sensibles. De ahí, no sólo el convencionalismo formal de sus representaciones, sino también su culto por las calidades, elemento pictórico sensual, ajeno a la esencialidad de las categorías plásticas, viendo en la materia pictórica no un vehículo de expresiones, sino una posibilidad elocubrativa, es decir, material de experimentación psicológica, para darse con él al virtuosismo y al culto de la sensualidad.

El arte indomexicano; la pintura indomexicana, es, por el contrario, de una plasticidad puramente emotiva, y cada elemento plástico tiene y cumple en ella una función categóricamente expresiva, esencial. La realidad exterior persiste en esta pintura, con toda su objetividad, como realidad viva e inmediata a nosotros, como categoría primaria y fuente originaria de la representación artística, y el valor estético, es decir, humano, se logra gracias a la función activa y fecundante del temperamento del pintor, el cual no actúa a la manera occidental, transformando las categorías vivas de la realidad en convencionalismo, sino, por el contrario, manteniendo y sosteniendo aquellas con todo su calor de realidad y plenitud de sus valores. Es éste un arte menos intelectual, pero más humano, de una categoría universal más amplia, racial y mexicano por encima de todo, porque el ascendente temperamental y racial se producen flúidamente, de una manera viva y con una expresión viva completamente, con la fuerza poderosa de un ancestralismo victoriosamente resurgente.

Juana García de la Cadena es uno de los más altos y genuinos valores de esta pintura indomexicana. Gran temperamento, enorme temperamento de pintora esta muchacha, gracias al cual y a través del cual se produce con una gran precisión y elocuencia expresiva, con aplomo y seguridad, sabiendo lo que dice y cómo lo dice, con plena conciencia de los impulsos de su instinto. Usa de la recursividad plástica con pleno control, sin abandonarse a las vehemencias e impulsos de su temperamento, haciendo con ella lo que quiere y le conviene, y así consigue siempre producirse con una gran efectividad, dando a los recursos plásticos la máxima eficacia y poder expresivo.

Instinto temperamental, roso y apasionado, pero sólo instinto ciego e irreflexivo, sino también, constantemente, una cultura racial que afirma, frente a la vida y como fe de vida, valores humanos categóricos y esenciales.

Testimonio puro de arte indomexicano, de racialismo triunfante, la pintura de Juana García de la Cadena, fruto de un gran temperamento, es rica en fuerza convictiva y persuasividad. Es, por lo mismo, una pintura y una visión de gran optimismo, sana, plétórica de vida y de impulsos, henchida de pasiones. Hay en ella, palpitante, todo el espíritu y las ansias impacientes de la América nuestra, de la América india, ávida de futuro, del cual esta muchacha, con su arte maravillosamente sincero, fuerte y apasionante, es fiel exponente y victoriosa avanzada.

MARTI CASANOVAS.

México, agosto de 1928.

"LETRAS"

Establecerá servicio de suscripción desde Enero

VALOR ANUAL:

En Santiago: \$ 4.80

En provincias: 6.00

12 NUMEROS

SUSCRIBASE UD. INMEDIATAMENTE

Envíe el valor en giro postal a

CASILLA 2292

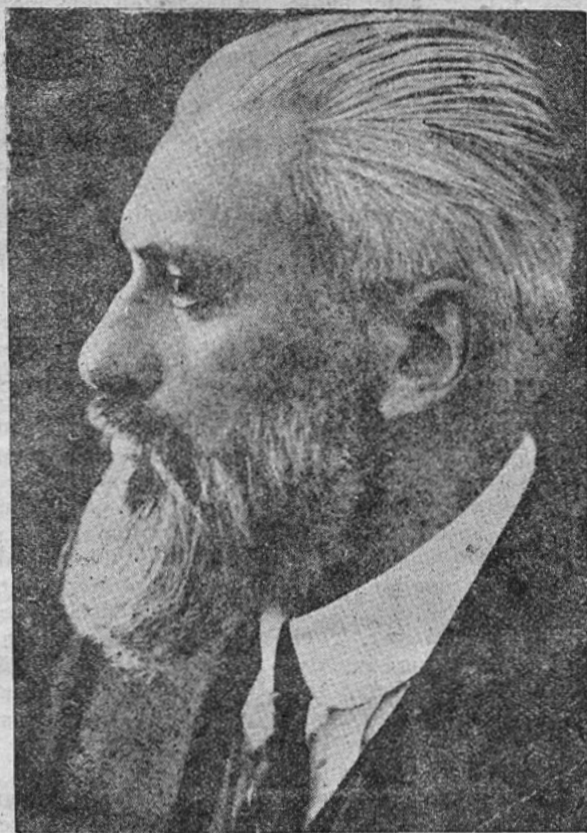
ESTE NUMERO DE "LETRAS" REUNE LOS MESES DE NOVIEMBRE Y DICIEMBRE, Y EL PROXIMO REUNIRA ENERO Y FEBRERO. ESTE SISTEMA SOLO REGIRA EN LOS MESES DE VACACIONES. DESDE MARZO INCLUSIVE, "LETRAS" SEGUIRA SU PUBLICACION NORMAL.

LA DIRECCION.

C L A U D E F A R R E R E

Eduardo Colín ha publicado en Bogotá un libro "Siete Cabezas", recopilación de otros tantos estudios de crítica literaria consagrados a Laforgue, Verhaeren, Eca de Queirós, Farrere, Unamuno y Valle Inclán.

El libro de Colín ha sido recibido con unánime aplauso en la patria de Valencia.



C L A U D E F A R R E R E

Este escritor ha renovado el gusto y ha salvado el género novelesco, que tendían a desaparecer

En el siglo XIX hubo una época en que la novela tenía un dominio absorbente; hasta se dijo que era la esperada epopeya contemporánea que ya había nacido. Esto lo afirmaban los que creen en los géneros literarios "hechos de una sola pieza" y en su perennidad.

Pero esa hegemonía duró poco y no por razones del género mismo, sino por los lazos estrechos de los novelistas y por la causa en que se ligaron, tanto por sus doctrinas como por sus procedimientos, con el positivismo, con el deplorable cientificismo burgués, y pedantesco de hace cuarenta años (con algo de Claudio Bernard y mucho de Homais), que caducaba inevitablemente.

La objetividad de las novelas, sus constantes desarrollos extensos y analíticos no podían vivir en estos años de ahora que irrumpían cargados de riquezas espirituales, de frescos ímpetus de síntesis y de intuición.

El método de "la impersonalidad", de las ciencias, llevado a la literatura, ha sido una de las aberraciones más graves y además un fracaso, pues han llegado a reconstruirse por sus obras temperamentos que parecían tan esquivos, tan indiferentes y amorfos como el de un Stendhal o de un Merimée. Y el tratar a la Naturaleza (lo que esencialmente es innumerable) por largas listas, siempre al fin incompletas, de datos enumerativos; el separar, el desarticular artificialmente los hechos, a fin de describirlos con precauciones "experimentales" chafándoles la flor de su instantaneidad, que es su esencia misma, toda esa maquinaria del naturalismo

cayó ya en gran descrédito y ha sido casi totalmente abandonada. Hoy se labora en las letras con más belleza y más vida; el creador ha vuelto con todas sus pulsaciones de hombre de artista a la obra, hasta a veces con exacerbadas hiperestésias e irritación, y la forma de escribir es por rasgos concisos, cursivos y vibrantes (sin dejar de comprender todo lo que abarcaban Zola y sus discípulos y aún más cosas todavía) pero en cortes más expeditos e intensos.

De esto nos da una muestra brillante Claude Farrère, que es vigoroso y a la vez ceñido. No nos cansa presentándonos toda la secuela, siguiendo puerilmente la lógica íntegra de la narración, sino que sólo fija los puntos precisos de sus argumentos, las crisis; o escoge las escenas por su sabor y por su gracia, o por la simpatía que él siente por ellas y con que deliciosamente las tiñe. En sus anécdotas auxiliares, que teje a la intriga principal, también hay

este modo ágil selectivo; sólo ponen la nota de su pertinencia y de su intención y pasan. Y lo mismo sus ambientes, sus paisajes, están trazados con pinceladas insinuadoras y en manchas recogidas, y no por esos grandes frescos amontonados de informaciones del realismo, grandilocuentes, que acaban por hacer genéricas, a fuerza de aparatosisidad, y por diluir las decoraciones.

En Farrère sus escenarios tienen tal concreción y relieve actuante, que son siempre como un personaje capital que a toda hora está adelantando, está oponiendo en sus figuraciones sus envolventes ademanes decisivos. En esto se diferencia de Loti, con quien se le ha comparado, y cuyos paisajes sólo son vagas melopeas plásticas, que arrulladoramente van glosando, lejanas e indecisas, el hijo también frágil de los episodios. Loti es soñador, es emotivo; Farrère es dinámico, inquieto.

Lo sugestivo de su factura no es más que un excitante para la suculencia de sus asuntos; ha re-

novado también los viejos repertorios novelescos: los obreros de Zola, las elegantes cavilosas de Bourget, los labriegos cínicos de Maupassant, los burgueses sensibles de ciertos autores, todos esos tipos ya convenidos, ha sustituidolos él por nuevos personajes. Esos héroes definidos y cerrados eran los de las novelas de las distintas clases sociales. El no quiso seguir explotando tales patrones ya demarcados—lo cual era relativamente fácil—y hace la crónica de la mezcla, de la confusión, de la endosmosis de las clases, que tal vez están preparando jerarquías del porvenir.

Esos son esos traficantes y esos aventureros de sus historias, que se amasan en los sitios políglotas; esas poblaciones ambiguas y tras-humanantes, millonarios y "tramps", duquesas y busconas, hombres de presa, brutales y refinados, exquisitos bebedores de todos los cielos. Tienen todos borrados los signos de castas o se les están borrando. Viven en una pintoresca promiscuidad, o fraternal o combativa, y muchos ya al margen de todo estado civil, de idea de patria y de numerosos prejuicios de la sociedad común y fija. Obrán con tal independencia y desenvoltura de movimientos que realmente parece como que cada uno de esos tipos no procede más que de sí propio, que en ese momento está creando su conducta, estrictamente inédita.

La mixturación terrible que los trama o que los disuelve y el intenso vivir en que los lleva desbordados Farrère, producen actos de una originalidad a veces tan inesperada, que se creería está indicándose allí una especie de nueva levadura de humanidad. Hay en esos clanes quienes se arrebatan sus ventajas y sus goces con fragantes ferocidades de superhombres que ya fueren advenidos, y aparecen de repente heroísmos agudos y matices y delicadezas de la sensibilidad y del sentimiento de germinación absolutamente radical y flamante, todos estos sujetos que nos pintan ese potente repórter literario, son "los civilizados" de esta hora, con todas sus desorbitancias, todos sus horrores, todas

sus "enormidades", pero también con sus algaradas locas, sus plruetas y frenéticos y disparados saltos mortales hacia el Ideal.

Y como en casi todas las almas del siglo XX hay algo de estos fermentos de cosmopolitismo, de irregularidad y excepcionalidad fundamentales, por eso léese a Farrère desde París hasta Nueva York y Calcuta y se han fatigado los tórculos con sus ediciones. Ha roto la categoría de un simple autor y ha asumido la de algo así como un acontecimiento universal, como el "radium", la guerra submarina o el "ballet" ruso.

Yo creo que aparte de sus cualidades clásicas y picantes de narrador sensacional, de ironista y de trágico, su éxito depende de esta refabricación que ha hecho artística y patéticamente, de un tinte pegadamente inmediato y actual. Haber hecho materia de imaginación y de fábula de lo que es primitivamente de su tiempo circundante de la contingencia contemporánea — que no nos da generalmente más que sólo sus sentidos y sus espesos rendimientos trágicos — y revertirla a planos de fantasía, afocarla a perspectivas de peripecia y sucedidos irreales, con escala, con escorzos, con dobles fondos, lejanías y aterciopeladuras romancescas, este ha sido el artero y contradictorio idealismo de Claude Farrère, de una eficiencia superior a la de muchas otras obras de idealidad.

Desviar la intención oscura de lo real en la tangente de lo ensañado; meterlo, suplantarlo dentro de la trampa, de la ilusión, escamotearlo dentro de sí mismo. Qué subversiva y qué piadosa revancha del ensueño!

Ya podemos ir por nuestros ferrocarriles, y por la trepidación turbia y descompuesta de la hora nuestra: Farrère la ha salvado en su materialidad pragmática. Y nuestra tensa y dura contracción sobre el mundo presente se trueca en plácido gesto suspenso de un niño ante el panorama, ante la aventura de un cuento sorprendente y fascinador.

EDUARDO COLÍN.

PIELES ROJAS

Han trazado naipes en las pieles de los bueyes en cuyos pies bermejos indican las pistas y el lado del camino que se debe seguir para atravesar el desierto de Colorado e ir a buscar el oro californiano.

Ellos producen calor y frío con su busto desnudo, fuera de una piel de zorro blanco. Ellos escuchan todos los ruidos y huelen

con su nariz delgada, en madera dura, la nacionalidad, la edad y el sexo de los extranjeros.

Viven más alto que las iglesias y los bancos, y no saben cuando duermen;

remán con las palmas a lo largo de sus estrechas caderas.

Siglos de privaciones los han afinado.

Van desnudos, sin bolsillos;

aquellos que aceptan regalos tienen las manos inmovilizadas:

no pueden cazar más, ni comer, ni defenderse, y mueren.

PAUL MORAND.

(Traducido especialmente para "Letras")

EN LA NIEBLA

Arden los pebeteros hace mil años...
Ciudades de la India, Delhi, Hostinapura,
islas policromas ancladas en Oceanía
todo aparece cuando miro su perfil de sueño.
¡Cómo me duele la sombra de mis ojos!
Ya estas manos no pueden alargarse a su túnica.
Mi grito cae como las mariposas en la obscuridad.
Giró mi corazón como las noches en el cielo
y en cada vuelco tuvo la cima de su nombre.
Lloré sobre los mástiles azules de los barcos
por ella que a lo lejos era como una esencia.
Yo no besé nunca ni la sombra de su mano.
Andaba entre los árboles. Era triste. Mi corazón no puede olvidarla.
Telarañas inmensas iban cubriendo el cielo.
Todo se hacía oscuro como debajo del mar.
Descolorido en el tiempo,
mi corazón, mohoso de hiedra, encendió su lámpara
cuando ella vino.
¡Esto es lo único que yo sé de mi vida!

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARIA

QUINCE MINUTOS CON GONZALEZ VERA

González Vera tiene en su conversación gran analogía con su literatura. Es claro, sereno, justo. Su ademán tranquilo sigue a las palabras y a veces extiende un dedo y dibuja en el aire el invisible contorno de una frase.

Su charla es sorpresiva; pero sin nada de esa frondosidad verbal que algunos llaman "brillo". Su rostro también es sorpresivo: a veces usa barba; a veces va totalmente afeitado.

Para "Letras" ha conversado más de 15 minutos, y ha dicho muchas cosas interesantes. He aquí algunas de ellas:

—La novela, en cualquier caso, es la historia del hombre que lucha contra el medio físico y social. Los románticos, para dar relieve a este proceso de mutuo dominio, dotaron a sus personajes con cualidades casi divinas. O se imponían en forma absoluta o caían fulminados por las manos locas del destino. Más tarde, los naturalistas, entusiasmados con el determinismo, crearon personajes sin más posibilidades que las que proporciona la realidad; pero agregaron, al destino, la herencia. El hombre pierde siempre. Un solo escritor, Emilio Zola, elimina a más de cuarenta miembros de la familia Rougon-Masquard por la vía del antecedente hereditario.

Ahora, esta lucha ha perdido un poco su sentido, porque, tanto

el hombre como el medio, viven fuera de sus quicios habituales y no son idénticos de una hora a otra. Esto no está exactamente expresado, pero, ¿no es verdad que vivimos sin apoyarnos en nada? Nuestros movimientos van siendo determinados por pequeños deleites sin sentido.

La novela se dedica especialmente, en este momento, a la introspección, acaso porque en esa zona haya más lugar para la fantasía y la divagación sin fin. Sin embargo, la novela de aventuras, supervivencia del romanticismo, con su pintura de la naturaleza salvaje y sus personajes de simple, pero fuerte perfil psicológico, terminará por ocupar el primer plano. La vida de ciudad nos hace amar las grandes dimensiones y la libertad.

Nuestra literatura novelesca no debe olvidar el detalle local. Nuestro aporte no puede ser sino eso, porque el material humano es idéntico en todos los países. En tal sentido han trabajado Maluenda, Latorre y Rojas.

—¿Por qué no ha escrito Ud. todavía una novela?

González Vera sonríe y responde:

—La novela es la prueba de fuego. Yo todavía no me creo preparado para esa novela

—Y de las nuevas tendencias novelescas, ¿qué puede decir?

—De los nuevos, los más interesantes acaso sean de Joyce y Proust. Del primero conozco "El Artista Adolescente", que tiene páginas muy hermosas y mucho material de más. De Proust me agradó extraordinariamente el segundo tomo de "Por el Camino de Swan". Es el proceso amoroso mejor tratado que yo he leído. Sólo Flaubert es superior. Pero el primer tomo de esa obra y su continuación "A la Sombra de las Jóvenes en Flor", están muy recargados con ideas secundarias. Además, es muy poco francés. No tiene ni la precisión selectiva ni la claridad de los otros escritores franceses.

De los poetas, conozco principalmente a los chilenos. Me he quedado con el Neruda de "Veinte Poemas de Amor"... Más allá, a pesar de mis deseos, no consigo avanzar. La moderna poesía chilena descansa sobre treinta términos marinos. Perdió la emotividad. Es decir, lo perdió todo.

—¿Qué valor atribuye usted a su propia obra?

—Mis libros son simples ensayos. Una vez que están impresos, por ningún motivo vuelvo a leerlos. Por esta razón, los elogios muy calurosos me saben a ironía. Es tan difícil dar en el clavo. Como vivo de grandes esperanzas, suelo creer que podré alguna vez conseguir cierta segu-

ridad. Por lo demás, las esperanzas son mentiras suspendidas. Me sé muy limitado.

—¿Y de la crítica?

—Considero la crítica como género aparte. Aunque contribuye a la formación del gusto literario y a la divulgación de los buenos autores, cuando se proyecta sobre los contemporáneos, difícilmente consigue desentenderse de las antipatías y simpatías. La crítica necesita la perspectiva del tiempo.

—¿Autores predilectos?

—No los tengo; pero leo con reverencia a Balzac, Dostoyevsky, Gorki, Chejov. Sin embargo, acaso sea Flaubert el único escritor a quien acepte absolutamente. También siento por Tolstoy un gran respeto. Ha escrito obras maestras y grandes en todo sentido. De los españoles, reconociendo que tienen una veintena de grandes escritores, prefiero a don Ramón del Valle-Inclán. Su español es una maravilla. Si diera entrada al pueblo, en sus libros, ganaría mucho y la literatura también. Debo confesar también una simpatía antigua. Soy un admirador del hombre que había en Zola.

De los chilenos, creo que Gabriela Mistral, Max Jara, Prado y Neruda, son los que han tocado más hondo. Fragmentariamente, nombraría a muchos otros.

—¿Cuáles pueden ser, entre

nosotros, las expectativas del oficio de escritor?

—Posibilidades prácticas no existen. Aunque no se pueda establecer con certeza, me figuro que el escritor es un poco el depositario de los valores del pueblo. Su oficio le crea responsabilidades. Del abandono de esas responsabilidades, resulta comunmente el descrédito en que suelen caer los escritores. El escritor, aunque no lo quiera, es siempre un poco sacerdote. Y usted sabe la suerte de los sacerdotes que no son fieles a su doctrina.

—¿Constituyen un problema en Chile las relaciones entre el autor y el librero?

—Este es un problema sin solución. Autores como Prado, no tienen en Chile más de tres mil lectores. ¿Por qué? Esto es precisamente lo que debieran aclarar los libreros. Quizá conviniere plantear una organización de escritores, libreros e impresores. Sólo así nuestra librería podría alcanzar la extensión conveniente.

González Vera ha hablado sin premura, y su charla ha derivado con frecuencia a temas alejados de la literatura, de los cuales él extrae observaciones muy agudas.

De pronto, se pone de pie.

—Me voy, — dice.

Y, efectivamente, se va.

S. R.

INVITACION AL RECUERDO

I

Recuerda, es necesario que recuerdes, ya que yo te lo pido desde tan lejos. Una época de amor bien vale la ofrenda de algunos recuerdos que le haga tu corazón joven. Es necesario que un día cualquiera, una tarde cualquiera en que el llegar de una música lejana o la caída del crepúsculo te obliguen a mantener un momento los ojos cerrados, recuerdes un poco todo aquello.

El amor se ha marchado de ti, paulatinamente, borradas sus rayas por la distancia en que me coloqué. En mí, ¿vive? Acaso... Después de todo, si es que aún persiste su esencia dentro de mi corazón, la vida, en oscura complicidad con el tiempo, se encargará de borrarla. Pero mientras tanto, aunque sea con la ilusión de firmar un documento de olvido, recordemos, recuerda tú desde tan lejana distancia

II

Era la estación que trae las cerezas, la misma que acaricia ahora este dulce país en que estoy. El sol, ebrío de primavera, había arrojado hacia territorios de otras oscuras latitudes, la pintura gris que afeó al cielo, el agua terrible de los vendavales de invierno, el frío sin tregua que pasaba huraqueando con satisfacción los vegetales. Era la dulce época del deshielo en la cordillera y de las espigas en el campo, donde te encontré, encontrándome a mí mismo a igual tiempo. Porque, eso sí, antes de verte, yo no me conocía; creía que mi corazón sólo se había hecho para sentir los largos crepúsculos derritiéndose en él, para escuchar el rumor del río al chocar sus láminas de plata o para estremecerse ante la pasada por el aire de la canción de cualquier pájaro perdido. No sabía que también una mujer podía caber en

tera dentro de él — como una estrella en un estanque — hasta que llegaste y yo me dije: Ahora mi alma estará provista para siempre de su presencia

III

A medida que los días iban levanto anclas, más nutrido de tu amor quería estar mi corazón, más larga se hacía la cinta infinita de nuestro cariño sin orillas. Llegamos a tomar el mundo como el solo escenario de nuestro amor, creyendo yo que las cerezas de tus labios sólo se habían hecho para mí, pensando tú que todas las flores del campo habían sido creadas para que yo te buscara en alegres mañanas. Ahora, ¡oh, Margit!, qué lejos estamos de todo eso. Yo pastoreaba tus sonrisas, tú dirigías mis miradas. De noche, las estrellas sonreían. Yo sólo te hablaba

de amor a la pasada de los trenes lejanos, por las noches. Tú siempre me mirabas con amor.

De todo eso, ¿qué queda? Nada, irremediamente nada. Por eso es que te digo: Recuerda, ya que recordar equivale a vivir de nuevo todos los momentos que pasaron.

IV

Entonces emprendí la persecución de cosas desconocidas, para entregártelas. De esa manera fueron cayendo versos azules desde mi corazón, aleteando como mariposas ciegas: tú los recibías con la sonrisa de la miel fresca, ya que te decían inmensamente mejor que mis palabras cotidianas todo aquello que se guarnecía dentro de él. Es que en verdad, mi idioma lo había creado yo para ti, sólo para ti. No sé si lo entenderían las estrellas y los pájaros de la mañana. Para ti,

para tener siempre despierto el molino de tu alegría. Nunca reías más feliz que cuando yo te decía:

"Haces cantar mi corazón como los ríos a las piedras".

"Cuando dejas de hablar, tu voz se prolonga en el canto de los

| pájaros"

"Tus ojos son la brújula de mis

| huellas"

En tu sonrisa navegan pétalos

| blancos.

V

Hasta que en las últimas noches, cuando ya los segadores habían quebrado todas las espigas y nubes sucias pisoteaban el cielo, me dijiste: "Déjame seguir mi destino. Ya la primavera

(Continuación de la pág. 15).

se fué, no hay cerezas maduras en los árboles; no puedes traerme como antes tus brazadas de flores. Cuando yo canto no me responde el rumor del vuelo de las mariposas y hasta tu corazón está seco; no sé dónde dejaste el agua de tus versos. Mañana saliéndose el alba de los cerrés en donde la encierra la noche, me voy a ir. Déjame seguir mi destino"

Te hubiera objetado: "¿Tu alma se conforma con que todo esto se vaya rumbo a las playas del olvido? Es verdad que ya mi corazón no destila el amor que le duele, en alegres versos, porque la primavera se ha ido; tam-

poco hay cerezas, sólo queda tu boca. Pero, espérate, ¡oh, dulce Margit! que el tiempo cumpla su itinerario, y nuevamente tendrás todo ello". Eso te hubiera objetado, pero en mi alma sonaban todavía tus oscuras palabras: "Déjame seguir mi destino..."

VI

De repente pasó por mis ojos una sombra que me hablaba de viajes con palabras inolvidables. Sucedió así: Yo iba todos los días a la partida de los trenes, antes que comiencen sus tristes pitazos. Un día me decidí, y de ahí, desde ese campo en donde

quedaba escrito todo lo que pasó entre tú y yo, me fuí al puerto, a un puerto que tú no conoces, que nunca se ha enredado a la mirada de tus ojos viajeros. De ahí miraba partir los barcos hasta perderse sus humos de despedida al lado del horizonte, de noche sentía el bramir del viento azotando los mástiles y el rumor de las grandes, de las anchas olas quebradas. También solía perderme hacia la costa, en caminatas de sueño. Siempre me atormentaba tu retrato. Pensaba que tú también me recordarias con cariño, puesto que hice por ti lo que más dolor me causó: te dejé seguir tu destino.

Y también voy a seguir mi des-

tino, detrás de cualquiera idea misteriosa que me asalte, — pense, — y como una lápida a la época aquella, inventé una letanía a la palabra irse. Héla aquí:

IRSE, Prólogo de la ausencia
Refugio de los desamparados
Ley de los marineros
Invierno de los pájaros
Esperanza de los prisioneros

VII

Por eso es que pido, después de todo, que recuerdes. Yo estoy lejos, agrandada mi ausencia por

tu olvido. Mientras más olvides menos cerca me sentiré de ti. Y mientras en mí no juegue esa palabra, olvido, quisiera tenerte cerca. Ya te lo he dicho: el amor es corto como el tallo de una flor. Entonces, prolonguémoslo un poco, añadiendo a su visión cualquier material de recuerdos. Recuerda, tú, Margit, oscurecida desde lejos, es necesario que recuerdes, mientras yo añoto con señales de tristeza, cuánto pienso en tu boca de miel, fresca, desde tan lejana distancia.

LUIS ENRIQUÉ

DELANO

Encuesta sobre la Novela Chilena

"Letras" se interesa vivamente por contribuir a aclarar el problema de la novela como exponente de raza. Para ello lo más acertado le ha parecido abrir una encuesta entre nuestros escritores, con las siguientes preguntas:

- 1.—¿Puede existir la novela genuinamente chilena?
- 2.—¿Cuáles son los elementos raciales que pueden producirla?
- 3.—¿Cuáles son los intentos más importantes realizados en este sentido?
- 4.—¿Cree Ud. posible lograr una plena realización de la novela autóctona con los actuales escritores de Chile?

A continuación, ofrecemos las primeras respuestas recibidas:

DE TOMAS GATICA MARTINEZ

1. Supongo que el sentido de "genuinidad", aplicándose este vocablo a la novela chilena, no puede circunscribirse a la acepción restringida que le da el léxico.

La novela genuinamente chilena no sólo ha de ser la que se construya con los elementos característicos que determinan la diferenciación sustancial de la raza—el "huaso", el "roto", por ejemplo; ni la que aproveche la tradición aborigen para dar motivo a la novela autóctona.

Novela genuinamente chilena es toda novela que estudie el ambiente y las costumbres nacionales, y que, de cualquier modo, sugiera la psiquis de la raza.

No atribuyo trascendencia al

paisaje, sino en cuanto puede ejercer influencia étnica.

2. Consecuente con esta comprensión de "genuinidad", creo que las características que determinan el "tipo chileno" en general, deben ser los elementos raciales que produzcan la novela genuinamente chilena.

3. Han tentado con buen éxito la novela de costumbres chilenas Blest Gana, Orrego Luco, Augusto Thomson, Rodríguez Mendoza, Edwards Bello, Maluenda, Santiván, Latorre, Ortega Folch, Januario Espinoza.

Algunos de nuestros buenos cuentistas, Federico Gana y Baldomero Lillo, que dejaron obra genuinamente chilena, habrían hecho buena novela nacional, si hubiesen tentado la empresa.

4. Creo que con los actuales escritores chilenos, y con la nueva generación, — particularmente Salvador Reyes, Marta Brunet, Germán Luco, Luis Enrique Delano, Manuel Rojas, etc.— puede realizarse ampliamente la novela chilena, otorgándole, sí, al término "genuinidad" la extensión y la comprensión necesarias para que dentro de él quepa no sólo la obra que tenga relación con nuestros elementos raciales, sino toda la que, en forma intrínseca, atañe al ambiente chileno.

DE MANUEL ROJAS

1.—¿A qué llama esta revista "novela genuinamente chilena" o "novela autóctona chilena"? ¿Llama así a la novela con paisaje chileno, con personajes chilenos, con costumbres y carácter chilenos? Si

esto es a lo que llama "novela genuinamente chilena", no veo por qué no puede existir, ya que Chile existe y tiene geografía, hombres, ambiente, costumbre y carácter propio. He leído "Los de abajo", de Mariano Azuela; "Don Segundo Sombra", de Ricardo Güiraldes, y "La Vorágine", de José Eustasio Rivera—las tres novelas consideradas como obras maestras y definitivas de Hispano-América—y después de leerlas me he convencido que Chile puede dar material de sobra para muchas buenas novelas. Chile, como cualquiera otro país, como México, Argentina y Colombia, tiene fenómenos sociales, psicológicos y raciales, que explotados sabiamente darían origen a verdaderas joyas literarias. Que no se hayan hecho, no quiere decir que no se puedan hacer. Chile tiene un fenómeno único en el mundo: la pampa salitrera, y la pampa salitrera ha creado un mundo original, aparte de la vida del resto del país, con hombres, costumbres y ambiente únicos. Con eso sólo, si no existieran otros muchos matices aprovechables de la vida chilena, se podría hacer una obra maestra, una novela "genuinamente" chilena.

2.—No hay elementos raciales definidos o exclusivos que puedan producir una novela. Por otra parte, no son los elementos los que producen la novela; son los escritores. La gente—perteneciente a

cualquier elemento racial—no vive su vida como una novela o con el afán de vivirla así. Eso es cuestión del escritor. Un escritor puede sacar una novela de cualquier parte, tanto del fondo de un "chancho" salitrero, como de una cancha de tennis, y puede no sacarle de ninguna parte, sino de su cerebro, creando una vida propia, aparte de la corriente, y no por eso menos verdadera y chilena. Dentro de la literatura, lo real y lo imaginario tienen iguales valores. El problema está en que se haga bien lo que se hace. Mire usted a Fedor Dostoyevski y dígame si todos sus personajes son sacados de la vida real. ¿Los ha creado él sólo, verdad, sin buscarlos en ninguna parte? Sin embargo, valen tanto y son tan reales como si hubieran existido físicamente. ¿Y son tan variados y de tan distinta clase o elemento racial, sin dejar por eso de ser rusos!

3.—Lo que no se ha producido en Chile hasta este momento, es el novelista de raza. El novelista de raza se produce por cristalización, como ciertos minerales o productos químicos. Diversas materias forman un solo cuerpo, que vale por sí mismo y por sus componentes. El novelista de raza no necesita de nada exterior, de nada que no sea de su país. Trae en él la gracia y la fuerza de su raza.

el poder de descripción y de composición, la hondura del espíritu y la nobleza del corazón; todos esos valores, antes dispersos, se reúnen en él, y le bastará un ensayo o un pequeño estudio de la forma para producir obras netamente chilenas. Este es el caso de Mariano Azuela, el caso de Baroja, de Gorki, de Kipling. Se producen repentinamente, sin esfuerzo, como un fruto natural y milagroso, brotado en el cuerpo de la raza por la selección de sus valores. El es la voz de los que antes no pudieron hablar, y muchas veces, ni siquiera tiene una ascendencia literaria. Sale de cualquiera parte.

4.—No puedo decirlo, puesto que nadie puede juzgar el valor futuro de los hombres. La obra realizada— a no ser que se trate de un caso perdido—, no es bastante para calificar la obra que se realizará. Exigiéndome mucho, puedo decir que es muy posible que se lograra una plena realización de la novela, autóctona con algunos actuales escritores de Chile. Falta únicamente equilibrio que es el gran secreto de la novela. Pero ese equilibrio se puede producir repentinamente, y a veces en quien menos se piensa. Acertar: he ahí la palabra, ya que cualidades no faltan.

MANUEL ROJAS

REVISTA DEL PACIFICO

PUBLICACION DE LUJO. COLABORACION DE LOS

: : : MAS DESTACADOS ESCRITORES. : : : :

APARECERA EN LA PRIMERA QUINCENA DE ENERO

EDIFICIO ARIZTIA 8.º PISO, OF. 17